



Como muchas jovencitas sin padres, Judy vive en un orfanato. Cada niña tiene un protector que costea sus estudios y estadia. El de Judy quiere mantenerse anónimo y sólo ha puesto una condición: que Judy le escriba periódicamente contándole todo lo que le sucede. Las cartas de Judy se van haciendo cada día más largas e íntimas; con gran imaginación y simpatía, la niña vuelca en ellas sus inquietudes y esperanzas. A su protector lo ha bautizado como "Papaíto Piernas Largas", pues sólo ha divisado su sombra y ésta le pareció como la de una araña de largas patas. Entre el protector y la protegida se creará una floreciente relación que desembocará en un final sorprendente para ambos.

Jean Webster (1876-1916), estadounidense, demostró desde muy joven su vocación literaria como corresponsal de un periódico local y publicando cuentos en la revista de su college. Durante sus estudios superiores visitó muchas veces instituciones para niños abandonados o caídos en la delincuencia, lo que la impresionó profundamente y le inspiró dos de los libros que continúan editándose hasta hoy: *Papaíto Piernas Largas* (1912) y *Mi querido enemigo* (1914). En ambas obras postula que si a los niños en situación irregular se les da una oportunidad, pueden llegar a destacarse y sentirse realizados.



Papaíto Piernas Largas

JEAN WEBSTER

ZIG-ZAG

MIÉRCOLES DEMOLEDORES

El primer miércoles de cada mes era un día espantoso, un día que se esperaba con miedo, se soportaba con valor y se olvidaba con rapidez. Los pisos debían estar impecables, los muebles brillantes y las camas sin la menor arruga. Había que lavar y vestir –con sus delantales almidonados– a noventa y siete huérfanitos, además de recordarles que tuvieran buenos modales y enseñarles a contestar “sí, señor”, “no, señor”, cuando algún tutor les dirigiera la palabra.

Jerusa Abbott, por ser la mayor de todas las huérfanas, se llevaba la peor parte. Pero este miércoles, como todos los anteriores, llegó lentamente a su término. Jerusa abandonó la despensa, donde había estado preparando sandwiches para las visitas del asilo, y se dirigió al piso superior a continuar con su tarea habitual. Ella estaba a cargo del pabellón F, donde once niños entre cuatro y siete años tenían sus camitas en fila. La joven reunió a sus protegidos, alisó sus arrugadas ropas, limpió sus narices y los condujo al comedor.

Allí se dejó caer en el asiento de la ventana y apoyó sus sienes ardientes sobre el frío cristal. Estaba en pie desde las cinco de la mañana, a disposición de todos, regañada y apurada por la nerviosa directora. A solas, la señorita Lippett no siempre mantenía aquella calma que mostraba frente a las damas y tutores visitantes. La muchacha miró el helado césped del parque, su mirada cruzó el alto enrejado de hierro que marcaba los límites del asilo. Se posó en las colinas ondulantes de campos cultivados y descubrió más allá del bosquecillo de árboles desnudos, los tejados de la ciudad.

El día había terminado sin problemas. Los tutores y los integrantes del comité de inspección habían hecho su recorrido y leído los informes. Después de tomar el té se dirigirían a sus hogares a refugiarse junto a sus chimeneas y pronto se olvidarían de sus protegidos hasta el próximo mes. Jerusa vio partir los carruajes y automóviles, uno a uno, hacia las mansiones de las colinas. Se vio a sí misma con abrigo de piel, recostada sobre uno de esos mullidos asientos, ordenando al conductor: "A casa". Pero su fantasía se desvanecía en el umbral.

La joven tenía imaginación —una imaginación que según la señorita Lippett le ocasionaría problemas si no conseguía dominarla—, pero, por viva que fuera, no podía llevarla más allá de los pórticos de esas casas donde hubiera querido entrar. La pobre Jerusa, ávida de vida, nunca en sus diecisiete años había entrado a una de tales casas. No podía imaginarse la vida de

aquellas personas cuya existencia transcurría ajena a tantos huérfanos.

¡Jerusa Abbot!
Pon atención:
te necesitan
en la dirección.

Era Tomás Dillon, uno de los integrantes del coro, quien subía canturreando aquella estrofa.

—¿Quién me llama? —preguntó la joven.
La señorita Lippett:
a la Dirección...
y está enojada, creo
¡A-amén!

Jerusa acudió sin hacer comentarios. "¿Qué podía haber sucedido?" —se preguntó—. "¿Había cortado el pan en tajadas muy finas? ¿Se le habían pasado pedacitos de nuez? ¿Se le habría visto el agujero en la media a Susanita Hawthorn? ¿Podría ser —¡horror!— que alguno de los más pequeños hubiera faltado al respeto a algún tutor?"

Las luces del vestíbulo estaban apagadas y la niña alcanzó a divisar al último tutor cuando salía. Los faros del auto lo iluminaron proyectando su sombra en la pared. La sombra reprodujo grotescamente sus piernas y brazos en el piso y subió por el muro del corredor. "¡Parecía una enorme araña del tipo *papaíto piernas largas*!"¹

¹ Nombre popular que se da a la araña de los rincones de las casas, de cuerpo pequeño y patas muy largas. (N. del E.)

Una espontánea carcajada distendió el ceño fruncido de Jerusa. Ella era de carácter alegre, siempre dispuesta a reír. Al entrar al despacho de la directora ya estaba sonriente. Con sorpresa, descubrió que la señorita Lippett también se veía amable.

—Siéntate, Jerusa, tengo algo que decirte.

Jerusa eligió la silla más próxima y esperó, un poco asombrada. La señorita Lippett dirigió la mirada al automóvil que pasaba veloz junto al ventanal.

—¿Te fijaste en el caballero que acaba de irse?

—Lo vi de espaldas.

—Es uno de nuestros tutores más importantes y ha donado cuantiosas sumas de dinero para mantener el asilo. No puedo darte su nombre, porque desea permanecer en el anonimato.

Los ojos de Jerusa se abrieron con sorpresa. No estaba acostumbrada a recibir informes confidenciales sobre las excentricidades de los benefactores.

—Este señor se ha interesado por varios de nuestros jóvenes. ¿Te acuerdas de Carlos Benton y de Enrique Frieze? Ambos fueron al *college*² gracias a este señor y han tenido éxito. Ésta es la única recompensa que a él le importa. Sin embargo, nunca conseguí interesarlo para nada en las niñas, por valiosas que fueran sus aptitudes.

—No, señorita —murmuró Jerusa en vista de que la pausa de la directora invitaba al comentario.

² *College*: Establecimiento que sirve de intermedio entre los de educación media y la Universidad. El ingreso a ésta se condiciona a los resultados que se obtengan en el college. (N. del E.)

—Hoy, durante la reunión, se planteó el problema de tu porvenir... Tú sabes que lo usual es no conservar aquí a nadie pasados los dieciséis años, pero en tu caso hicimos una excepción. Terminaste la básica a los catorce y por tus buenas notas se decidió que continuaras en la media. Pero ya has terminado y el asilo no puede continuar manteniéndote. En realidad, has tenido más ventajas que la mayoría.

La señorita Lippett no mencionó que Jerusa había trabajado duro en todas las tareas del asilo y que la conveniencia había primado sobre su educación; que en momentos de emergencia como el de ese día, tuvo que faltar a las clases para encargarse del aseo.

—Como te dije, se discutió tu futuro y se analizaron cuidadosamente tus posibilidades y aptitudes.

Los ojos de la señorita Lippett tenían ahora una expresión acusadora, y la convicta hizo un examen de conciencia tratando de descubrir su culpa.

—El destino habitual de nuestros asilados es ser iniciados en algún tipo de actividad que les permita ganarse la vida; pero te ha ido bien en algunas asignaturas escolares y tu rendimiento en literatura puede hasta considerarse brillante. La señorita Pritchard, que es miembro de nuestro comité, forma parte del consejo directivo del colegio y ha conversado con tu profesora de retórica pronunciándose en tu favor. Nos leyó una composición que habías escrito titulada *Miércoles demoledores*.

Esta vez, la expresión de culpa de Jerusa fue auténtica.

—Mi opinión es que has mostrado muy poca gratitud al poner en ridículo la institución que ha hecho tanto por ti. Pero todos la encontraron divertida, especialmente el señor que acaba de irse. Atraído por ese relato impertinente, ha ofrecido mandarte al *college*.

—¿Al *college*? —Los ojos de Jerusa se agrandaron. La señorita Lippett asintió.

—Se quedó para discutir conmigo las condiciones. El señor cree que tienes originalidad y pretende educarte para que llegues a ser escritora.

—¿Escritora? —Sentía que su cabeza daba vueltas.

—Ése es su deseo. Recibirás una generosa mensualidad, demasiado generosa para una joven que no está acostumbrada a administrar dinero. Pero así lo ha dispuesto y no me dio oportunidad de discutir su decisión. Te quedarás aquí durante el verano y la señorita Pritchard se ocupará de preparar tu vestuario. Los gastos de residencia y estudio en el *college* serán pagados directamente y, como ya te dije, recibirás una renta mensual que te permitirá entrar en las mismas condiciones que el resto de tus compañeras. El dinero te será enviado por el secretario privado del señor y acusarás recibo a vuelta de correo. Debo aclararte que no se trata de agradecerle el dinero; no es esto lo que le interesa, pero sí le importa estar al corriente de tus progresos y saber algo de tu vida diaria. Una carta como la que les escribirías a tus padres, si vivieran. Deberás dirigir estas cartas al señor

John Smith —continuó la señorita Lippett— y enviarlas por intermedio de su secretario. El señor no se llama así, pues no quiere dar a conocer su verdadero nombre. Nunca contestará tus cartas, porque detesta escribir y no quiere que esto se convierta en una carga pesada para él. Si se presentara una situación que hiciera obligatoria una respuesta —como en el caso de expulsión, lo que espero no sucederá—, debes comunicarte con su secretario, el señor Griggs. Estas cartas mensuales son obligatorias para ti; es el único pago que exige el señor Smith. Espero que el tono de ellas será siempre respetuoso y digno reflejo de la educación que has recibido en este asilo. Debes recordar siempre que el señor es tu tutor del Hogar para Huérfanos John Grier.

Los ojos de Jerusa buscaron la puerta con desesperación. Su cabeza era un torbellino y las palabras de la señorita Lippett le impedían reflexionar. Se puso en pie e intentó marcharse, pero la señorita la retuvo con un gesto; era la ocasión para emplear su oratoria:

—Confío en que serás capaz de apreciar esta buena suerte que ha recaído sobre ti. No son muchas las jóvenes de tu condición que han tenido tal oportunidad. Debes recordar siempre que...

—Yo... sí, señorita, gracias. Creo que si eso es todo, tengo que irme a coser los pantalones de Federico Perkins.

Cerró la puerta tras ella y la señora Lippett se sintió decepcionada, porque su discurso había quedado inconcluso.

CARTAS DE LA SEÑORITA
JERUSA ABBOTT A
PAPAÍTO PIERNAS LARGAS

*215 Fergusson Hall
24 de septiembre*

Querido y bondadoso tutor que manda huérfanas al college.

¡Aquí estoy por fin! Ayer viajé cuatro horas en tren. Es una sensación muy extraña para mí, que no había viajado nunca.

El college es muy grande y me pierdo cada vez que salgo de mi habitación. Más adelante le enviaré una descripción completa. Las clases no comienzan hasta el lunes por la mañana y ahora es sábado por la noche. Pero quería escribir estas líneas para darme a conocer.

Es extraño escribirle a alguien que no se conoce; además, no he escrito más de tres o cuatro cartas, en toda mi vida, de modo que le suplico me perdone si las mías no son un modelo.

Antes de partir, la señorita Lippett tuvo una seria conversación conmigo. Me dijo cómo debía portarme por el resto de mi vida y sobre todo con un señor como usted, que está haciendo tanto por mí. Debo ser muy respetuosa.

Pero, ¿cómo se puede ser muy respetuosa con un señor que quiere que lo llamen John Smith? Creo que eligió un nombre muy profesional.

He estado pensando mucho en usted este verano; saber que alguien se haya interesado por mí después de tantos años me hace sentir como si hubiera encontrado una especie de familia. Es una sensación muy reconfortable, aunque sólo sé tres cosas de usted:

1. Es alto.
2. Es rico.
3. Detesta a las niñas.

Pensé que podría llamarlo señor Odianiñas. Pero trataré de hacerle cambiar esa opinión. O, quizás, señor Multimillonario, pero es como si el dinero fuera la única cualidad importante en usted. Lo que sí puedo asegurar es que será alto toda su vida, de modo que he decidido llamarlo querido Papaíto Piernas Largas. Se trata de un nombre cariñoso entre nosotros. No se lo diremos a la señorita Lippett.

Dentro de dos minutos sonará la campana de las diez. Nuestro día se divide en secciones por medio de campanadas. Comemos, dormimos y estudiamos a toques de campana. Es muy estimulante; me siento en un cuartel de bomberos. ¡Ahora está sonando! Hay que apagar las luces. ¡Buenas noches!

Suya, muy respetuosamente,

Jerusa Abbott

1° de octubre

Querido Papaíto Piernas Largas:

Adoro mi *college* y lo adoro a usted por enviarme aquí. Estoy muy feliz, y la excitación apenas me deja dormir. No puede imaginarse lo diferente que es esto del Hogar para Huérfanos John Grier. Nunca soñé que existiera un lugar como éste. Compadezco a todos aquellos que por no ser niñas no pueden ingresar a un *college*; estoy segura de que el colegio al cual asistió usted de niño no pudo haber sido tan bonito.

Mi habitación está en una torre. En el mismo piso hay otras tres jóvenes: una estudiante del último año y dos alumnas de primer año que se llaman Sallie McBride y Julia Rutledge Pendleton. Sallie es pelirroja y muy simpática. Julia es de una de las más distinguidas familias de Nueva York y aún no se fija en mí. Ambas comparten la misma habitación. En cambio, la mayor de ellas y yo tenemos cuartos individuales. Generalmente, las alumnas de primer año no disfrutan de este privilegio y supongo, por tanto, que el encargado pensó que no podía alojar una huérfana junto a una joven de familia. ¡Mi condición tiene sus ventajas!

El cuarto tiene dos ventanas y un mirador. Después de haber compartido con veinte compañeras en un pabellón, es un alivio encontrarme sola. Ésta es la primera ocasión que tengo de hacerme amiga de Jerusa Abbott y estoy empezando a encariñarme con ella. ¿No le ocurre a usted lo mismo?

Martes

Están organizando el equipo de básquetbol y es posible que me incluyan. Soy pequeña, pero muy rápida, ágil y fuerte. Mientras que las otras saltan por el aire, yo puedo escurrirme entre sus piernas y agarrar la pelota. Entrenamos por las tardes en el campo de deportes, bajo los árboles amarillos y rojizos: respiramos un aire que huele a hojas quemadas y todas gritamos y reímos al mismo tiempo. Somos las niñas más felices del mundo, especialmente yo.

Quería escribirle una larga carta y contarle todas las cosas que estoy aprendiendo (la señorita Lippett me dijo que usted quiere saberlas), pero ya ha sonado la campana de las siete y dentro de diez minutos debo presentarme en la cancha de atletismo con mi uniforme de gimnasia. ¿Verdad que usted desea que me incluyan en el equipo?

Suya, siempre,

Jerusa Abbott

P.D. (*Nueve en punto de la noche*)

Sallie McBride se asomó a mi cuarto y me dijo:

—Extraño tanto mi casa que no puedo soportarlo. ¿Te pasa a ti lo mismo?

Sonreí y le dije que no, que podría seguir aquí. Por lo menos me he ahorrado la nostalgia. Nunca supe de nadie que echara de menos un asilo. ¿Y usted?

10 de octubre

Querido Papaíto Piernas Largas:

¿Ha oído usted hablar de Miguel Angel?

Fue un artista famoso que vivió en Italia en la Edad Media. Todas las alumnas de la clase de literatura sabían quién era y se rieron mucho porque yo creía que era un arcángel. Lo malo del college es que todas piensan que una sabe cosas que yo nunca tuve oportunidad de aprender. Eso me pone en graves apuros. Pero ahora, cuando mis compañeras hablan de algo que no sé, me quedo callada y luego lo busco en la enciclopedia.

El primer día cometí un error terrible. Alguien habló de Mauricio Maeterlinck y yo pregunté si era un alumno de primer año. ¡Se enteró todo el colegio! ¡Pero me desquito en clase, donde estoy a la par de mis compañeras y hasta consigo sobrepasarlas!

¿Quiere saber cómo he decorado mi cuarto? Es una sinfonía en marrón y amarillo. La pared está pintada color canela, compré cortinas y almohadones amarillos y un escritorio de caoba (de segunda mano y muy barato), una silla de mimbre y una alfombra marrón. ¡Quedó muy acogedor!

Sallie McBride me ayudó a elegir las cosas en el remate de las que egresaban. Sallie siempre vivió en una casa y sabe de decoración. Fue muy divertido comprar y pagar con un billete verdadero y recibir vuelto, cuando nunca tuve más que unas pocas monedas. Le aseguro, querido papá, que sé apreciar el dinero que me envía.

Sallie es muy entretenida y Julia, todo lo contrario. A Sallie le parece todo divertido, en cambio, Julia se aburre de todo. Nunca hace el menor esfuerzo por ser agradable. Es evidente que no podremos ser amigas.

Imagino su impaciencia por saber lo que estoy aprendiendo.

1. Latín: Segunda guerra púnica. Aníbal y su ejército acamparon anoche junto al lago Trasimeno. Prepararon una emboscada a los romanos y el combate tuvo lugar a las cuatro de la madrugada. Los romanos se batieron en retirada.

2. Francés: Veinticuatro páginas de Los tres mosqueteros y la tercera conjugación de los verbos irregulares.

3. Geometría: Terminamos con los cilindros. Ahora fabricamos conos.

4. Idioma: Estudiamos disertación. Mi estilo mejora día a día.

5. Fisiología: Estamos en el aparato digestivo. La próxima clase trataremos el hígado y el páncreas.

Suya, camino a la perfección,

Jerusa Abbott

P.D. Espero, papáito, que usted nunca beba alcohol. Es malísimo para el hígado.

Miércoles

Querido Papáito Piernas Largas:
Me he cambiado el nombre.

Figuro como Jerusa en las listas, pero soy Judy para todos los demás. No es producto de mi imaginación, así me llamaba Federico Perkins cuando comenzó a hablar.

Ojalá la señorita Lippett tuviera más ingenio para elegir los nombres de sus niños. El mío lo sacó de una lápida del cementerio. Siempre lo odié, pero Judy me gusta. Es un nombre ingenuo que hace pensar en una niñita de ojos azules, mimada por la familia, que pasa por la vida sin preocupaciones. ¿Verdad que sería estupendo ser así? Tendré muchos defectos, pero nadie puede acusarme de haber sido mimada. Pero me resulta agradable pensarlo. Le ruego que en adelante se dirija a mí por el nombre de Judy.

¿Quiere saber algo? Tengo tres pares de guantes de cuero. Antes sólo tuve mitones, a cada rato me los pruebo y los vuelvo a guardar.

(La campana nos llama al comedor. Adiós.)

Viernes

¿Qué le parece, papáito? La profesora de idioma opina que mi última composición tiene mucha originalidad. Parece imposible, tomando en cuenta que el Asilo John Grier pretendía convertir a noventa y siete huérfanos en seres idénticos.

Espero que no se moleste porque critico el hogar de mi niñez. Pero usted tiene la ventaja de que, si me pongo impertinente, puede dejar de enviarme la mesada. Decir esto no es muy cortés, pero comprenda que no tengo buenos modales. Un asilo no es un colegio de señoritas.



Creo, papaíto, que no son los estudios lo que me resulta más difícil sino los recreos. Todas sus conversaciones y bromas parecen referirse a un pasado que todas conocen, menos yo. Me siento ajena a ese mundo, no logro aprender todas sus claves. En la escuela secundaria las niñas formaban un bloque impenetrable para mí. Todas admitían que yo era rara y diferente, como si llevara un letrero en la frente que dijera: *Asilo para Huérfanos John Grier*. A veces un alma caritativa se me acercaba y conseguía decir algo amable y ésta me resultaba más odiosa que las demás.

Aquí nadie sabe que me crié en un asilo. Le dije a Sallie que mis padres habían muerto y que un anciano, muy bondadoso, pagaba mis estudios, lo cual es verdad. No piense que soy cobarde, sólo quiero ser una joven como todas y el recuerdo del asilo es la barrera que me separa

de las demás. Si pudiera volver la espalda y borrar ese triste pasado, sería tan feliz como mis compañeras. No creo que la diferencia sea fundamental.

¡De todos modos, Sallie es mi amiga!

Siempre suya,

Judy Abbott
(Antes Jerusa)

Sábado por la mañana

He releído esta carta y creo que no está muy alegre. Los culpables son una lección muy difícil que debo dar el lunes, el repaso de geografía y un resfrío que tengo.

Domingo

Como ayer olvidé echar esta carta, puedo agregar una indignada posdata. Esta mañana nos visitó un obispo, y ¿sabe lo que dijo?

“La promesa más benéfica que nos hace la Biblia es la siguiente: Siempre tendremos a los pobres cerca de nosotros. Ellos fueron creados para que seamos caritativos.”

Nos trató como una especie de animales domésticos de gran utilidad. Si no fuera porque el *college* me ha convertido en una señorita, me habría acercado a él, después de misa, a decirle lo que pensaba.

25 de octubre

Querido Papaíto Piernas Largas:

Ya estoy en el equipo de básquetbol y también tengo un moretón en mi hombro izquierdo. Julia Pendleton se inscribió, pero fue rechazada. ¡Hurra!

¡Ya ve lo mala que soy!

El *college* se pone cada vez más entretenido. Me gustan mis compañeras y profesoras, y las clases y el patio y la comida. Nos dan helados dos veces por semana y nunca comemos postres de cereales.

Usted quería recibir noticias una vez por mes, ¿no es cierto? Me temo que esto se ha convertido en un bombardeo de cartas. Necesito desahogarme con alguien, y usted es la única persona con la que puedo sincerarme. Por favor, disculpe mi exageración, pronto me tranquilizaré. Si mis cartas lo aburren, puede tirarlas al canasto de los papeles. Prometo contenerme hasta mediados de noviembre.

Suya, su locuaz,

Judy Abbott

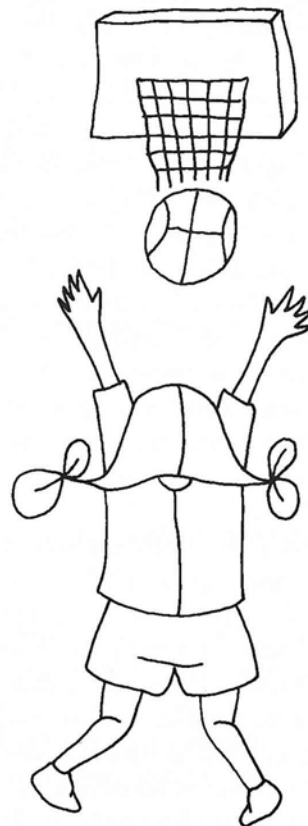
15 de noviembre

Querido Papaíto Piernas Largas:

Le contaré lo que he aprendido hoy:

El área de la superficie de una pirámide es igual a la mitad del producto de la suma de los perímetros de sus bases por la altura de cualquiera de sus trapezoides.

No parece verdad, pero lo es ¡y puedo probarlo!



—Judy jugando al Basquetbol

Nunca le he contado nada de mi ropa, ¿verdad, papaíto?

Tengo seis vestidos, todos nuevos y bonitos y comprados a medida; no heredados de una persona mayor. Usted comprenderá lo que significa esto para una huérfana. Todo lo debo a su generosidad y le estoy muy, pero muy agradecida. Es muy bueno recibir una educación; sin embargo, no hay nada que se compare con la experiencia de poseer seis vestidos nuevos a la vez. Por suerte que la elección de mi guardarropa estuvo a cargo de la señorita Pritchard y no de la señorita Lippett. Tengo un traje de noche de muselina lila con forro de seda (me veo preciosa con él), y un vestido azul para ir a misa y otro para las grandes cenas, de tul rojo con bordados orientales (parezco una gitana con él); otro de tela rosada, un traje gris de calle y uno de diario para las clases.

Me imagino que estará pensando que soy una joven-cita frívola y hueca, y que está malgastando su dinero.

Pero, papaíto, si usted hubiera andado vestido toda su vida con delantales a cuadros, sabría cómo me siento. Y cuando entré en la escuela secundaria, pasé de los delantales a los vestidos usados. Siempre pensaba que me tocaría sentarme junto a la dueña anterior, que murmuraría y se reiría con las otras niñas. La amargura de usar vestidos desechados por las enemigas corroe el alma. Aunque use medias de seda el resto de mi vida, no podré cerrar esa herida.

ÚLTIMO BOLETÍN DE GUERRA.

Parte del frente de batalla.

A las cuatro de la madrugada del jueves 13 de noviembre, Aníbal derrotó a la vanguardia del ejército romano y condujo a las tropas cartaginesas hasta la llanura de Casilinum. Una división de números se enfrentó con la infantería de Quinto Flavio Máximo. Dos batallas y pequeñas escaramuzas. Los romanos retroceden con graves pérdidas.

Tengo el honor de ser su corresponsal especial destacado en el campo de batalla.

Judy Abbott

P.D. Sé que no debo esperar respuesta a mis cartas y tengo instrucciones muy precisas de no molestarlo con preguntas, pero dígame, papaíto, sólo por esta vez, ¿es usted muy viejo o un poco viejo? Y, ¿es usted totalmente calvo o un poco calvo? Es muy difícil pensar en usted en abstracto, como si fuera un teorema de geometría.

Un hombre alto que odia a las niñas, pero que es muy generoso con una jovencita muy impertinente, ¿qué aspecto tendrá?

R.S.V.P.¹

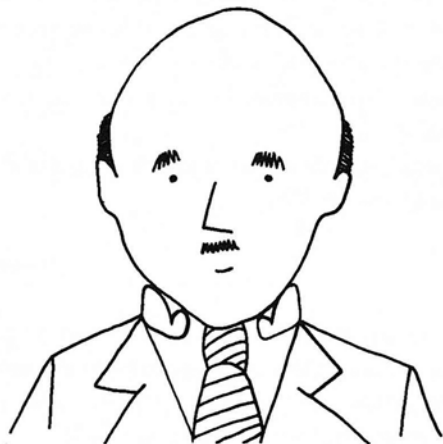
¹ Sigla francesa usada en las invitaciones que significa Répondez s'il vous plait. (Conteste, por favor.) (N. del E.)

19 de diciembre

Querido Papaíto Piernas Largas:

Nunca contestó usted a mi pregunta, ¡y era tan importante!

¿ES USTED CALVO?



Hice un retrato que me pareció estupendo hasta que llegué a la cabeza, y allí me estancué. No pude decidir si su cabello era blanco o negro o gris matizado, o quizás nada de pelo.

Aquí está mi dibujo.

Pero tengo un problema. ¿Le agregaré pelo?

Sus ojos son grises, sus cejas espesas sobresalen como un alero, y su boca es recta, con tendencia a descender en las comisuras. ¿Ve qué bien lo conozco? ¡Y un poco mal genio! (Suena la campana de la capilla.)

9.45 de la noche

Me he impuesto una regla inquebrantable: nunca estudiar de noche, aunque tenga pruebas escritas al día siguiente. A cambio, leeré libros. Tengo que hacerlo, para compensar tantos años en blanco. No se imagina, papaíto, el abismo de ignorancia que es mi mente. Yo misma recién me estoy dando cuenta. Hay cosas que mis compañeras, con un hogar, una familia y una biblioteca, parecen haber nacido conociéndolas.

Nunca leí *Mamá Gansa*, ni *David Copperfield*, ni *Ivanhoe*, ni *Cenicienta*, ni *Jane Eyre*, ni *Alicia en el País de las Maravillas*, ni las obras de Rudyard Kipling. No sabía que Enrique VIII se había casado más de una vez, ni que Shelley era un poeta. No sabía que los hombres descendían de los monos y que el Jardín del Edén es un hermoso mito. Ignoraba que Jorge Eliot era una mujer. Nunca había visto una reproducción de la Monna Lisa y ni siquiera había oído hablar de Sherlock Holmes.

Ahora sé todas esas cosas y muchas más, pero me quedan miles por aprender. Anhele que llegue la noche, envolverme en mi bata roja, amontonar todos los almohadones y ponerme a leer. Un libro no es suficiente. Tengo cuatro a la mano simultáneamente. Ahora son los poemas de Tennyson, *Feria de vanidades*, los cuentos de Kipling y, no se ría, *Mujercitas*. Soy la única alumna del *College* que no ha leído *Mujercitas*. Así que la próxima vez que alguien se refiera al tema, sabré de lo que está hablando.

(La campana de las diez. Debo interrumpir mi carta.)

Sábado

Señor:

Tengo el honor de comunicarle respecto a mis nuevas exploraciones en el campo de la geometría. El viernes abandonamos los paralelepípedos y seguimos con los prismas truncados.

Domingo

Las vacaciones de Navidad comienzan la próxima semana. Los corredores están abarrotados de maletas, apenas se puede caminar, y todo el mundo está tan excitado que los estudios pasaron a segundo plano. Voy a pasarlo muy bien estas vacaciones, se queda otra alumna de primer año que vive en Texas y planeamos largos paseos. Y tengo toda la biblioteca para leer y tres semanas libres para hacerlo.

Adiós, papaíto. Espero que se sienta usted tan feliz como yo.

Suya, siempre,

Judy

P. D. No se olvide de contestar mi pregunta. Si quiere evitarse el trabajo de escribir, haga que su secretario me telegráfie una línea solamente.

El señor Smith es enteramente calvo, o el señor Smith no es calvo, o el señor Smith tiene pelo blanco. Y puede descontar el gasto de mi mesada.

Adiós hasta enero y ¡feliz Navidad!

Hacia el final de las vacaciones de Navidad

Fecha exacta desconocida

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡Nieva en donde está usted? Todo está cubierto con un manto blanco y la nieve sigue cayendo en grandes copos. El sol se está poniendo amarillo tras las colinas violetas; me he trepado a mi asiento junto a la ventana y aprovecho la última luz del día para escribir.

¡Sus monedas de oro fueron una gran sorpresa! No tengo costumbre de recibir regalos de Navidad. Y, además, usted me ha dado tantas cosas que no creo merecer nada extra. ¿Quiere saber qué me compré con el dinero?

1. Un reloj de plata para llegar a tiempo a las oraciones.
2. Los poemas de Matthew Arnold.
3. Una bolsa de agua caliente.
4. Una frazada. (Mi torre es muy fría.)
5. Quinientas hojas de papel para escribir. (Pronto comenzaré a ser escritora.)
6. Un diccionario de sinónimos. (Para aumentar el vocabulario de la autora.)
7. (Me cuesta confesar mi última compra.) Un par de medias de seda.

Fue un motivo muy mezquino lo que me impulsó a comprar las medias. Julia Pendleton viene a mi cuarto a estudiar geometría y se cruza de piernas luciendo medias de seda.

Estoy muy agradecida por mis siete regalos. Me imagino que me los envió mi familia desde California. El reloj es

regalo de papá, la frazada de mamá, la bolsa de agua de mi abuelita, que siempre se preocupa de que no pase frío; y el papel, de mi hermanito Harry. Mi hermana Isabel me manda las medias de seda, la tía Susana los poemas de Matthew Arnold, tío Harry (mi hermano heredó su nombre) el diccionario .

¿Tiene usted algún inconveniente en desempeñar el papel de toda una familia?

Y ahora, ¿quiere saber cómo pasé mis vacaciones?

La joven de Texas se llama Leonor Fenton. Me gusta mucho, pero no tanto como Sallie; nunca podré querer a nadie más que a Sallie, con excepción de usted, puesto que representa a toda mi familia. Leonor y yo y dos alumnas de segundo año hemos paseado por los alrededores, bien abrigadas y con bastones. En una ocasión llegamos hasta la ciudad —cuatro kilómetros— y entramos en un restaurante adonde van a comer las estudiantes. Pedimos langosta asada y una torta de miel. ¡Nutritivo y barato!

¡Fue toda una aventura! Especialmente para mí, porque ¡era todo tan distinto del asilo! Me siento como un convicto fugado cada vez que salgo.

El viernes por la noche, la directora del *college* nos permitió entrar en la cocina para hacer caramelos. En total somos veintidós alumnas que nos hemos quedado en el *college* durante las vacaciones. ¡Nos divertimos mucho! El viernes pasado hicimos caramelos, son los mejores que he comido. Cuando terminamos, la cocina y las perillas de las puertas quedaron bien pegajosas. Organizamos una procesión con

gorros y delantales, llevando cada una un gran tenedor o cuchara o sartén y marchamos por los corredores hacia la recepción, donde media docena de profesores descansaban tranquilamente. Los agasajamos con una serenata de canciones escolares y les ofrecimos refrescos. Aceptaron cortésmente, pero sin entusiasmo. Los dejamos con las mandíbulas atascadas con nuestros caramelos.

¡Como ve, papaíto, mi educación progresa!



¿No cree usted que yo debería ser artista, más que escritora?

Las vacaciones terminan dentro de dos días y me alegraré de ver nuevamente a mis compañeras. Mi torre está un poco solitaria.

Once páginas, ¡pobre papaíto, qué cansado debe estar! Mi intención era enviarle una simple nota de agradecimiento, pero cuando me pongo a escribir, mi pluma parece echar alas.

Adiós, y gracias por pensar en mí. Mi felicidad sería completa si no fuera por los nubarrones que amenazan en el horizonte. Los exámenes comienzan en febrero.

Suya, con cariño,

Judy

P. D. Quizá no sea correcto mandarle mis cariños. Si es así, le pido disculpas. Pero necesito querer a alguien y sólo puedo elegir entre usted y la señorita Lippett, de modo que tendrá que resignarse, porque no puedo quererla a ella.

Víspera de los exámenes

Querido Papaíto Piernas Largas:

Ya nadie se acuerda de que hubo vacaciones. He debido meterme en la cabeza cincuenta y siete verbos irregulares, en los últimos cuatro días; sólo espero que permanezcan allí hasta el examen.

Algunas compañeras venden sus libros de estudios cuando pasan el examen, pero yo pienso conservarlos. Así, cuando me reciba, tendré mis conocimientos en un estante de mi biblioteca.

Julia Pendleton vino esta noche de visita y se quedó una hora. Empezó con el tema de la familia y quiso saber el nombre de soltera de mi madre. No tuve valor para decirle que no lo sabía, así que dije el primer apellido que se me ocurrió, y ése fue Montgomery. Pero después quiso saber si era de los Montgomery de Massachusetts o de Virginia.

Su madre es una Rutherford. Su familia cruzó el océano en el arca de Noé y estaban emparentados por matrimonio con Enrique VIII. Por parte de su padre, su ascendencia se remonta más allá de Adán. En las ramas más antiguas de su árbol genealógico hay una raza superior de monos de pelo muy fino y sedoso y colas extremadamente largas.

Pensé escribirle una carta entretenida y alegre, pero tengo demasiado sueño y... miedo. La suerte de las alumnas de primer año es muy incierta.

Suya, a punto de ser examinada.

Judy Abbott.

Domingo

Mi querido Papaíto Piernas Largas:

Tengo una horrible noticia que darle, pero no empezaré con ella; primero trataré de ponerlo de buen humor.

Jerusa Abbott ha comenzado su carrera de escritora. Un poema titulado "Desde mi torre" aparece en la revista mensual correspondiente a febrero, en primera página, lo cual es un gran honor para una alumna de primer año. Mi profesora de literatura me detuvo anoche al salir de la capilla y me dijo que era encantador, salvo el quinto verso, que tiene demasiadas sílabas. Le enviaré una copia por si quiere leerlo.

Aún tengo otra cosa agradable que contarle... ¡Ah, sí! Estoy aprendiendo a esquiar y ya puedo deslizarme sin ayuda.

También escuchamos un sermón del obispo de Alabama. Su tema era: "No juzguéis si no queréis ser juzgados". Trataba sobre la necesidad de pasar por alto los errores de los demás y no juzgar muy severamente.

Bueno. ¡Ánimo, Judy!, tienes que confesar.

Me aplazaron en matemáticas y en latín. Me tomarán otro examen el mes próximo. Siento mucho defraudarlo; de

otro modo, no me importaría, porque ¡he aprendido tantas cosas que no están en los programas! He leído diecisiete novelas y toneladas de poesías, novelas realmente necesarias, como *Feria de vanidades*, *Richard Feverel* y *Alicia en el País de las Maravillas*. También los *Ensayos* de Emerson y la *Vida de Scott*² y el primer volumen de *El Imperio Romano*, de Gibbon, y la mitad de la *Vida de Benvenuto Cellini*...

Como usted ve, papaíto, he aprendido mucho más que si me hubiera limitado a estudiar latín. ¿Me perdonará esta vez si prometo no fracasar nunca más?

Suya, atormentada,

Judy

NOVEDADES DEL MES



² Conocida biografía de Walter Scott, de Lockhart. (N. del E.)

Querido Papaíto Piernas Largas:

Ésta es una carta extra, a mitad de mes, porque esta noche me siento muy sola. Hay una tormenta espantosa y la nieve golpea en mi torre. Todas las luces están apagadas, menos la mía.

Invité a Sallie, Julia y Leonor Fenton a cenar en mi cuarto esta noche, con sardinas, tostadas, ensalada, postre y café. Julia dijo que lo pasó muy bien y Sallie se quedó para ayudarme a lavar los platos.

¿Le importaría hacer de mi abuelita, por un rato? Sallie tiene una y Julia y Leonor, dos cada una y las comparaban esta noche. No hay nada en el mundo que me gustaría más conseguir; es un parentesco tan respetable.

¡Doce campanadas! Es el reloj de la capilla. Creo que tengo sueño, después de todo.

Buenas noches, abuelita. Te quiero muchísimo.

Judy

*Los Idus de Marzo*³¹

Querido Papaíto Piernas Largas:

Estoy estudiando composición en latín. La he estado estudiando, y seguiré estudiando. Tengo mi nuevo examen el martes a las siete de la mañana y estoy decidida a aprobar o reventar. Así que la próxima vez que le escriba estaré sana y salva o en fragmentos.

³¹ Fecha famosa del calendario romano. Correspondía al 15 de marzo y en ella debería ser asesinado César según el oráculo. (N. del E.)

Cuando todo haya terminado, le escribiré una carta como corresponde. Ahora tengo una cita con el ablativo absoluto.

Suya, apuradísima,

J. A.

26 de marzo

Señor P. P. L. Smith.

Estimado señor:

Usted nunca contesta mis preguntas y no muestra el menor interés en lo que hago. Probablemente es el más horrible de todos esos tutores, y la única razón por la que me está educando no es un interés especial por mí sino su sentido del DEBER.

No sé nada acerca de usted. Ni siquiera conozco su nombre. No dudo de que lance mis cartas al canasto sin ser leídas. De ahora en adelante me limitaré a escribirle sólo sobre mis estudios.

Esta semana repetí mis exámenes de latín y geometría. Aprobé ambos y he cumplido con todos los requisitos de primer año.

Sinceramente suya,

Judy

2 de abril

Querido Papaíto Piernas Largas:

Soy un caso extraño.

Por favor, olvídense de esa terrible carta de la semana

pasada. Me sentía horriblemente sola y desdichada y con dolor de garganta. No lo sabía, pero estaba empezándome la amigdalitis con gripe y otras complicaciones más. Ahora estoy en la enfermería desde hace seis días; y recién me pasaron papel y lápiz. La enfermera es muy estricta. Pero no podré mejorarme hasta que usted me perdone.

Aquí va mi retrato para que tenga una idea de mi aspecto actual. Parezco un conejo.



No puedo escribir más; me mareo cuando estoy sentada mucho tiempo. Perdóne mi impertinencia e ingratitud. Me educaron muy mal en el asilo.

Suya con cariño,

Judy Abbott

En la enfermería (20 de abril)

Mi muy querido Papaíto Piernas Largas:

Ayer, mientras miraba llover por la ventana, apareció la enfermera con una larga caja blanca a mi nombre, llena de rosas rosadas. Pero lo que más me emocionó fue la tarjeta con un mensaje muy cortés escrito con una

letra pequeña e inclinada que indicaba una gran fuerza de carácter. ¡Gracias, papaíto, mil veces! Sus rosas son el primer regalo verdadero que he recibido en mi vida. Me puse a llorar de felicidad.

Ahora que estoy segura de que usted lee mis cartas, trataré de hacerlas más interesantes. Pero quiero pedirle un gran favor. Queme la última que mandé, sin volver a leerla.

Sus flores han alegrado a una estudiante muy enferma y solitaria. Probablemente usted tiene mucha familia y amigos y no sabe lo que es sentirse solo. Pero yo sí lo sé.

Adiós. Le prometo nunca más ser antipática, puesto que ahora sé que usted existe realmente; también prometo no moles-tarlo con preguntas.

¿Sigue odiando a las niñas?

Suya para siempre,

Judy

A las ocho del lunes

Querido Papaíto Piernas Largas:

Espero que no haya sido usted el tutor que se sentó sobre el sapo. Quedó completamente aplastado —eso fue lo que me contaron—, de modo que probablemente se trataba de un tutor más gordo.

¿Se acuerda de esos huecos con rejillas que había bajo las ventanas del lavadero en el asilo? Todas las primaveras, los asilados hacíamos nuestra colección de sapos y los guardábamos en esos agujeros; y a veces caían sobre la

ropa limpia haciendo conmoción en los días de lavado. Nos castigaban severamente, pero no nos desanimábamos y reincidíamos en nuestras prácticas.

Y un buen día —bueno, no lo aburriré con detalles— uno de los sapos más grandes, gordos y jugosos se instaló en uno de los sillones de la sala de recepción y cuando llegaron los tutores... Bueno, imagino que usted estuvo allí y recuerda el resto.

Mirando hacia atrás, creo que el castigo era merecido y, si mi memoria no me falla, hasta necesario.

Pienso que esta nostalgia se debe a la llegada de la primavera y a la reaparición de los sapos. Despertaron en mí el viejo instinto de cazadora. Lo único que me impide la colección es que nuestro *college* no tiene reglas que lo prohíban.

Después de la capilla, jueves.

¿Cuál cree usted que es mi libro favorito? Aunque cambio de parecer cada tres días, *Cumbres borrascosas*. Emily Brontë era muy joven cuando lo escribió y nunca había salido del cementerio de Haworth. No había conocido a ningún hombre en su vida. ¿Cómo pudo imaginar un personaje como Heathcliffe?

Yo no sería capaz, tan joven, y nunca había salido del asilo. A veces me asusta no ser un genio. ¿Se sentiría usted muy defraudado, papaíto, si no resulto una gran escritora? En la primavera, cuando todo parece hermoso, verde y floreciente siento deseos de abandonar mis libros y salir

a correr al aire libre. ¡Es mucho más entretenido vivir los libros que escribirlos!

¡Oh!!!!!!

Ése es el alarido que hizo venir a Sallie y a Julia y (muy molesta) a la alumna de cuarto año del otro lado del corredor, provocado por un ciempiés como éste:



Sólo que peor. Justo cuando terminaba de poner la frase, ¡pum! aterrizó sobre mi escritorio. Por tratar de escapar, volqué dos tazas de té. Sallie lo cazó, usando mi cepillo de pelo —que ya no podré usar más— y consiguió matar la parte delantera, pero los cincuenta pies de atrás se escaparon debajo de mi mesa.

Como esta sección es muy antigua y está cubierta de hiedras, se llena de bichos.

Vienes, 9:30 de la noche

¡Más calamidades! No escuché la campana de levantarse, rompí el cordón de mi zapato cuando me vestía y se me perdió el botón del cuello. Llegué tarde para el desayuno y me perdí las primeras oraciones. En la clase de trigonometría tuve un desacuerdo con la profesora por cuestiones de logaritmos y al volver a repasar descubrí que tenía razón. El cartero no me trajo más que cuentas (aunque debo agregar que nunca recibo otra

cosa, porque a mi familia no le gusta escribir). Y cuando llegamos a la clase de literatura, nos sorprendieron con una prueba escrita.

¡Adquirir una educación es un proceso agotador!

Pero con esto no terminó el día. Aún viene lo peor.

Como llovía, no pudimos jugar golf sino que nos llevaron al gimnasio. ¡Y me golpearon con un mazo en el codo! Cuando volví a mi habitación, me encontré con que me habían traído mi nuevo vestido, pero la falda me quedaba tan apretada que no me pude sentar. El viernes es día de limpieza y la mucama me mezcló todos los papeles. En la capilla permanecemos algunos minutos más que de costumbre escuchando un sermón sobre la femineidad. Y cuando me sentaba a leer *El retrato de una dama*, vino a mi habitación una chica llamada Ackerly, a preguntarme si la lección del lunes comenzaba en el párrafo 69 o en el 70 y se quedó ¡UNA HORA!

¿Escuchó alguna vez una lista con tantos desastres? En la vida no son los grandes problemas los que desarrollan el carácter. Cualquiera puede ponerse a la altura de una crisis y enfrentar una tragedia con valor, pero sobrellevar los pequeños contratiempos cotidianos con una sonrisa, eso sí exige fortaleza.

Es la clase de carácter que me propongo desarrollar. Me imaginaré que la vida es un juego que debo jugar con habilidad y buena fe. Si pierdo, me encogeré de hombros; y lo mismo, si gano.

De todos modos me comportaré como una verdadera

deportista. No volveré a quejarme de nuevo, papaíto, aunque caigan ciempiés del techo o Julia use medias de seda.

Suya, siempre.

Judy

Conteste pronto.

27 de mayo

Al señor Papaíto Piernas Largas.

Estimado señor:

Acabo de recibir una carta de la señorita Lippett. Espero que me vaya bien en conducta y en mis estudios. Como piensa que no tendré dónde ir este verano, me permitirá volver al asilo y trabajar por mi pensión hasta que comience de nuevo las clases.

Odio el Asilo para Huérfanos John Grier.

Prefiero morir antes que volver.

Suya muy sinceramente,

Jerusa Abbott

Cher Papaíto Jambes Longues:

Vous êtes (usted es) un encanto!

Je suis très heureuse (estoy feliz) por el asunto de la granja.

Jamais dans ma vie (nunca en mi vida) he estado en una granja y detestaría *retourner chez* (volver a) el Asilo John Grier *et* (y) lavar los platos *tout l'été* (todo el verano). Habría peligro de *quelque chose d'affreux* (algo terrible) que sucediera *parce que j'ai perdu ma humilité d'autrefois*

(porque he perdido mi humildad de antes) *et j'ai peur* (y tengo miedo) de perder los estribos *quelque jour et* (el día menos pensado y) hacer pedazos todas las tazas y los platos *dans la maison* (de la casa).

Pardonnez la brièveté (perdone la brevedad) y el papel. *Je ne peux pas* (no puedo) enviarle mis *nouvelles* (noticias) *parce que je suis dans* (porque estoy en clase) de *francés et j'ai peur que monsieur le professeur* (y temo que el señor profesor) me vaya a llamar *tout de suite* (en el acto).

¡Así fue!

Au revoir (adiós).

Je vous aime beaucoup (Lo quiero mucho).

Judy

30 de mayo

Querido Papaíto Piernas Largas:

En mayo esto es un verdadero paraíso. Todos los arbustos están en flor, los árboles, de hermoso color verde; hasta los viejos pinos parecen nuevos, frescos. Los prados están sembrados de flores silvestres amarillas, y las chicas vestidas de azul, blanco y rosado. Todo el mundo está feliz y despreocupado y ni siquiera la perspectiva de los próximos exámenes empaña la alegría.

Pero yo soy la más feliz de todas, querido papaíto, porque no tengo que volver al asilo y no soy niñera, ni dactilógrafa, ni ayudante de contador de nadie. (Lo habría sido, a no ser por usted.)

Me arrepiento de todas mis travesuras pasadas.

Me arrepiento de haber sido impertinente con la señorita Lippett. Me arrepiento de haber cacheteado algunas veces a Federico Perkins. Me arrepiento de haber llenado el azucarero con sal. Me arrepiento de haber hecho muecas a espaldas de los tutores.

De hoy en adelante prometo ser dulce y amable con todos, porque soy muy feliz. Y este verano voy a escribir y escribir y escribir. ¿No le parece un buen comienzo? Mi carácter se está desarrollando armoniosamente. Aunque a veces decae con el frío, pero renace con el sol.

Creo que eso les ocurre a todos. No acepto la teoría de que las penas y las frustraciones fortifican el ánimo. Pienso que las personas felices son las más bondadosas.

Empecé a describirle el parque. Me gustaría tanto que usted viniera a visitarme para poder pasearlo e indicarle:

“Ésa es la biblioteca, aquélla es la planta de gas. El edificio gótico de la izquierda es el gimnasio y la construcción Tudor románica es la nueva enfermería”.

¡Me gusta guiar a la gente! Lo he hecho toda la vida en el asilo. Y hoy me he pasado todo el día haciéndolo aquí... ¡y a un hombre! Fue una gran experiencia. Nunca antes había hablado con un hombre, salvo algún tutor, y esto no cuenta. Perdón, papaíto, no quiero ofenderlo cuando hablo con despecho de los tutores. No le considero uno de ellos. Usted entró en el consejo por casualidad. Un verdadero tutor es gordo, pomposo y benevolente. Le acaricia a uno la cabeza y usa reloj de oro con cadena.

Esto parece un escarabajo de verano, pero pretende ser un retrato de todos los tutores, menos de usted.

Bueno, hoy he estado paseando y conversando y tomando té con un hombre, y muy importante. Nada menos que con el tío de Julia, el señor Jervis Pendleton (un personaje tan alto como usted).



Vino a la ciudad por negocios y decidió visitar a la sobrina. Es el hermano menor de su padre, pero están distanciados.

La vio una vez cuando era bebé y parece que no le resultó simpática, porque no se acordó más de ella.

De todos modos ahí estaba, sentado en la sala de recepción, muy correcto, con sombrero, bastón y guantes. Y Julia tenía una clase a la que no podía faltar. Así que entró precipitadamente en mi cuarto para pedirme que pasara al tío por el parque, hasta que ella hubiera terminado. Acepté, aunque sin mucho entusiasmo.

Pero resultó ser encantador. Es un verdadero ser humano. Me han dado ganas de tener un tío. ¿Le importaría

ser mi tío por un momento? Creo que son superiores a las abuelas.

El señor Pendleton me recuerda un poco a usted con veinte años menos. ¡Ya ve qué bien lo conozco, aunque nunca nos hayamos encontrado!

Es alto y delgado, de piel oscura y curtida, con una sonrisa que nunca brota abiertamente. Desde el primer momento la hace sentir a una como si la hubiera conocido toda la vida.

Recorrimos todo el colegio, desde el patio hasta la cancha de deportes, y luego me invitó a tomar el té. Le dije que regresáramos para buscar a Julia. Contestó que a su sobrina el té la ponía nerviosa. De modo que nos escapamos y tomamos té con panecitos y mermelada, helados y torta en una mesita sobre la terraza. El lugar estaba desierto, porque es fin de mes y nuestras mesadas empiezan a agotarse.

¡Lo pasamos fantástico! Cuando regresamos, apenas alcanzó a ver a Julia, porque disponía justo del tiempo para tomar el tren. Ella se puso furiosa conmigo por haberlo llevado. Es un tío rico e importante. Sentí un gran alivio al saber que era rico, porque le costó bastante caro lo que consumimos en la confitería.

Esta mañana (lunes) llegaron por expreso tres cajas de bombones para Julia, para Sallie y para mí. ¿Qué le parece a usted? ¡Recibiendo regalos de un hombre!

Me gustaría que viniera algún día a tomar el té y así podría conocerlo. ¡Sería terrible que no me gustara! Aunque estoy segura de que sí me va a gustar.

¡Bien! Reciba usted mis saludos.
Jamais je ne t'oublierai (Jamás te olvidaré).

Judy

9 de junio

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡Día feliz! Acabo de aprobar mi último examen, fisiología, y ahora me esperan tres meses de descanso en la granja.

No sé lo que es una granja, porque nunca he estado en ninguna. Alcancé a verlas fugazmente desde la ventanilla del tren. Pero estoy segura de que voy a disfrutar el sentirme libre.

Aún no me acostumbro a la idea de estar fuera del asilo. Cuando pienso en él, un escalofrío recorre mi cuerpo.

Este verano no tengo por qué obedecer a nadie, ¿verdad? Su autoridad no me molesta. En cuanto a la señorita Lippett, ha muerto para mí y supongo que los Semple no tienen que preocuparse de mi comportamiento. ¿No es cierto?

Lo dejo para preparar mi baúl y tres cajas con libros, platos, teretas y almohadones.

Suya, siempre,

Judy

P. D. Aquí le mando mi examen de fisiología. ¿Cree usted que habré aprobado esta asignatura?

Granja "Los Sauces". Sábado por la noche

Queridísimo Papaíto Piernas Largas:

Acabo de llegar y aún no he desempacado, pero no puedo esperar más para decirle cuánto me gustan las granjas.

Éste es un lugar maravilloso, un verdadero paraíso. La casa es cuadrada, como aparece en el dibujo.



Debe tener, a lo menos, cien años. Tiene grandes balcones sobre el lado que no he dibujado y un porche precioso al frente.

Está construida en lo alto de una colina, y la inmensa extensión de praderas verdes se pierde en la línea ondulada del horizonte.

Así es Connecticut; parece una sucesión de olas y nuestra granja se levanta justo sobre la cresta de una ola.

"Los Sauces" está habitada por la señora y el señor Semple, una criada y dos criados. Ellos comen en la cocina y los Semple con Judy, en el comedor. Para la cena hubo jamón, huevos, panecitos y miel. Y mucha conversación. Todo lo que decía les causaba mucha gracia, nunca creí

que pudiera ser tan divertida. Supongo que es porque jamás he estado en el campo y mis preguntas muestran la más profunda ignorancia.

La ventana marcada con una cruz es la mía. Es grande, con muebles antiguos, ventanas que hay que apuntalar con vigas y cortinas verdes que se caen si uno las toca. Tiene una gran mesa de caoba, donde pienso pasarme el verano escribiendo.

¡Estoy tan emocionada, papaíto! Apenas puedo esperar a la mañana para poder recorrer la granja. Pero recién son las 8:30; estoy por apagar la vela y trataré de dormir. Nuestro día comienza a las cinco. ¡Cómo me voy a divertir estas vacaciones! ¿Es posible que tenga tanta suerte? Me cuesta creer que sea realmente Judy. Usted y el buen Dios me dan más de lo que merezco. Tengo que ser muy, pero muy buena, para compensar todo lo que he recibido. Y creo que lo conseguiré. Ya lo verá.

Buenas noches.

Judy

P. D. Tendría usted que oír cómo cantan las ranas y cómo chillan los cerditos. ¡Y ver la luna nueva! La veo por encima de mi hombro.

"Los Sauces", 12 de julio

Querido Papaíto Piernas Largas:

¿Cómo supo su secretario de la granja "Los Sauces"? (Ésta no es una pregunta retórica. Me muero de curiosidad por

saberlo.) Escuche usted esto: el señor Jervis Pendleton era propietario de esta granja y se la regaló a la señora de Semple, quien fue su vieja niñera. ¿Puede usted imaginar tanta coincidencia? Todavía lo llama "Niño Jervie" y le habla de lo dulce que era cuando ni-ño. En una caja guarda un mechón de sus cabellos, y son rojos, o por lo menos rojizos.

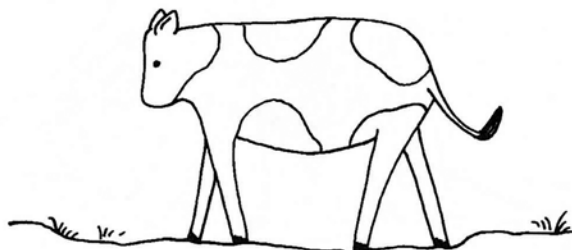
Desde que la señora Semple se ha enterado de que lo conozco, he ganado en su opinión. Conocer a un miembro de la familia Pendleton es la mejor carta de presentación. Y la crema de la familia es el niño Jervie; me alegro de que Julia pertenezca a una rama inferior.

La granja se pone cada vez más entretenida. Ayer anduve en la carreta del heno. Tenemos tres enormes cerdos y nueve lechoncitos. También tenemos pollitos, patos, pavos y gallinas de Guinea. Es una locura vivir en la ciudad si uno puede vivir en una granja. Mi tarea diaria es recoger los huevos. Ayer me caí de una viga del granero, cuando trataba de llegar al nido de la gallina negra. Y cuando volví con la rodilla rasguñada, la señora Semple me la vendó mientras murmuraba: "¡Dios mío! Parece que fue ayer cuando mi niño Jervie se cayó de la misma viga y se lastimó la misma rodilla".

El paisaje es hermosísimo. Hay un valle, un río, muchas colinas boscosas y una alta montaña azul.

Dos veces por semana hacemos mantequilla y la guardamos en una casita de piedra, bajo la cual corre un arroyo. Tenemos seis terneros y les he puesto nombre a todos:

1. Silvia, porque nació en el bosque.⁴
2. Lesbia, como la Lesbia de Cátulo.
3. Sallie.
4. Julia (con manchas y sin personalidad determinada).
5. Judy, como yo.
6. Papaíto Piernas Largas. ¿Verdad que no le importa, papaíto? Es de pura raza Jersey y es el más mansito. Éste es su aspecto, creo que se parece a usted, si no le parece ofensivo:



No he tenido tiempo de empezar mi gran novela; estoy demasiado ocupada con la granja.

Suya, siempre,

Judy

P. D. 1 He aprendido a hacer una torta de nuez.

P. D. 2 Si piensa criar pollos, permítame recomendarle la raza Buff Orpington. Tienen plumas más delicadas.

P. D. 3 Me gustaría poder enviarle un trozo de la mantequilla que batí ayer. ¡Soy una excelente lechera!

⁴ Bosque, selva, viene del latín *silva*. Jerusa, que está aprendiendo latín, no pierde ocasión de emplearlo. (N. del E.)

Domingo

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡Qué coincidencia! Empecé a escribirle ayer y no había terminado con el encabezamiento, cuando recordé que había prometido recoger moras para la cena y salí dejando la hoja de papel sobre la mesa y cuando regresé ¿qué cree que encontré en medio de la página? ¡Un auténtico *papaíto piernas largas*!



Tomé la arañita suavemente y la dejé caer por la ventana. Por nada del mundo le haría daño. Siempre que las veo me acuerdo de usted.

Esta mañana enganchamos los caballos al carricoche y fuimos a la iglesia. Escuchamos un arrullador sermón, mientras agitábamos los abanicos de hojas de palma, sin que se oyera otro sonido aparte de las langostas en los árboles. El sueño me hizo perder la noción del tiempo.

Cuando desperté me encontré de pie, cantando un himno y muy arrepentida por no haber escuchado el sermón; me gustaría saber más de la psicología de un hombre que elige el siguiente salmo:

Venid, dejad vuestros juegos y entretenimientos terrenales y uníos conmigo en gozos celestiales.

Si no, adiós, querido amigo.

Os dejo, para que os hundáis en los infiernos.

He descubierto que no conviene discutir de religión con los Simple.

Su Dios heredado directamente de sus antepasados puritanos es un ser limitado, irracional, injusto, mezquino, vengativo, fanático. ¡Gracias al cielo que yo no heredé el mío de nadie! Soy libre de formar mi Dios como me gusta, benévolo, condescendiente, imaginativo, capaz de comprendernos y perdonarnos (y con sentido del humor).

Tengo un inmenso cariño por los Simple, y como practicantes son superiores a su teoría. ¡Son mejores que su propio Dios! Se lo dije, y quedaron muy preocupados. Ellos creen que yo blasfemo y ¡yo pienso lo mismo acerca de ellos! Hemos suprimido la teología de nuestras conversaciones.

Es domingo por la tarde.

Amasai (criado), con corbata morada, guantes amarillo fuerte, muy colorado y afeitado, acaba de salir con Carrie (criada), que lucía un gran sombrero adornado con rosas rojas, un vestido azul de muselina y el cabello muy rizado. Amasai se pasó toda la mañana lavando el cochecito y Carrie no fue a misa con el pretexto de cocinar, pero se quedó planchando su vestido.

En cuanto haya terminado esta carta, me pondré a leer el libro que encontré en el altillo. Se titula *En la huella*, y

en la primera página están escritas las letras de un niño con prolija caligrafía:

*Este libro, si se pierde,
devuélvalo a su dueño.*

Jervis Pendleton.

Pasó un verano aquí, después de una enfermedad a los once años, y dejó este libro olvidado. Parece haberlo leído muchas veces a juzgar por las numerosas marcas de sus manitas sucias. También, en un rincón del altillo, hay una rueda de molino de agua y una de viento, arcos y flechas. La señora Semple habla tanto de él que he dejado de verlo como un hombre respetable con sombrero y bastón para imaginármelo como un niño travieso, sucio y despeinado, que corretea por los corredores haciendo escándalo, que deja las puertas abiertas y siempre pide más galletas. (Y seguro que las obtiene, conociendo a la señora Semple.) Parece haber sido un niño aventurero, valiente y sincero. Lamento que sea un Pendleton; se merecía algo mejor.

Mañana comienza la trilla de la avena; vendrá una máquina de vapor y tres hombres para ayudar.

Me appena tener que comunicarle que nuestra vaca *Manchada* se ha portado de un modo lamentable. El viernes por la noche se metió al huerto y comió manzanas; fueron tantas, que se le subieron a la cabeza. ¡Hace dos días que está completamente borracha! Es verdad lo que le estoy contando. ¿Ha oído usted algo tan escandaloso?

Queda de usted, señor, su afectuosa huérfana.

Judy Abbott

15 de septiembre

Querido Papaíto:

Ayer me pesaron en la balanza del almacén del pueblo y he subido cuatro kilos. Permítame recomendarle "Los Sauces" para recuperarse.

Suya siempre,

Judy

Querido Papaíto Piernas Largas:

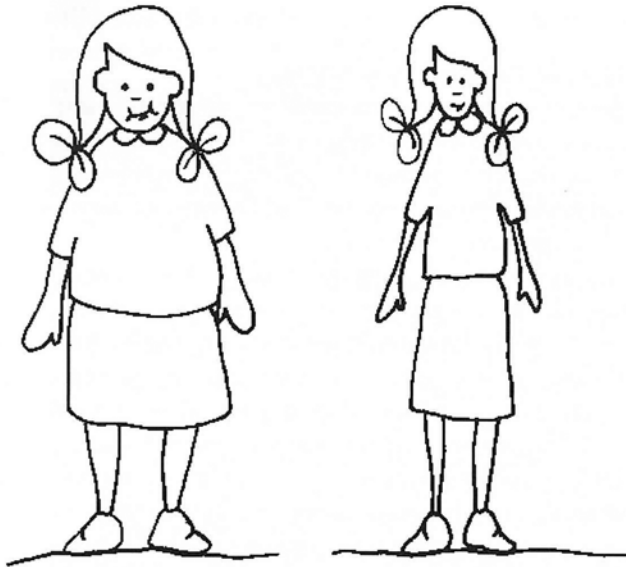
Así como me ve ¡soy una estudiante de segundo año! Llegué el viernes lamentando dejar "Los Sauces", pero contenta de estar de vuelta en el *college*. ¡Es una sensación tan agradable regresar a algo familiar! Empiezo a sentirme en el *college* como en mi casa.

Supongo que usted no entiende lo que estoy tratando de decirle. Una persona tan importante como para ser un tutor, no puede apreciar los sentimientos de otra tan insignificante.

Y ahora, papaíto, escuche esto: ¿Con quién cree que comparto el estudio? Con Sallie McBride y Julia Pendleton. ¡Es verdad! Tenemos un escritorio y tres pequeños dormitorios.

En la primavera pasada Sallie y yo decidimos compartir nuestro cuarto y Julia decidió continuar al lado de Sallie, no entiendo por qué, porque no se parecen en nada. De todos modos, estamos juntas. Piense en Jerusa Abbott, del Asilo para Huérfanos John Grier, compartiendo con una Pendleton. No hay duda de que estamos en un país democrático.

Sallie es candidata a la presidencia del curso, y creo que va a salir elegida. Hay un ambiente de intriga; ¡tendría que



ver cómo sabemos hacer política! Le advierto, papaíto, que cuando las mujeres logremos nuestros derechos, los hombres tendrán que estar muy alerta para conservar los suyos. Las elecciones son el sábado y vamos a celebrarlas con una procesión de antorchas, no importa quién gane.

Estoy empezando a estudiar química. Nunca había visto nada semejante. Se trata de combinar átomos y moléculas, pero recién el próximo mes estaré en condiciones de discutir el tema.

También me he inscrito en lógica y dialéctica.

También en historia universal.

También en las obras de William Shakespeare.

También en francés.

Me hubiera gustado elegir economía antes que francés, pero no me atreví, porque temía que la profesora no me aprobaría, a menos que eligiera su materia, porque en el examen de junio pasé raspando. Cuando era una niña, estuvo internada tres años en un colegio religioso. Se destaca entre todas las demás; para ella los verbos irregulares son un entretenimiento. Ojalá mis padres me hubieran puesto en un convento francés en lugar de un asilo de huérfanos. Pero... ahora que me acuerdo: de ser así, no lo hubiera conocido a usted y prefiero su amistad a todo francés.

Adiós, papaíto. Debo visitar a Enriqueta Martín para discutir unos puntos de química, pero no dejaré de hacer algunos comentarios sobre nuestra candidata presidencial.

Políticamente suya,

J. Abbott

17 de octubre

Querido Papaíto Piernas Largas:

Si tuviéramos una piscina llena de jalea de limón, una persona que tratara de nadar ¿se mantendría a flote o se hundiría?

El problema se suscitó mientras comíamos de postre jalea de limón. Discutimos acaloradamente durante media hora y no conseguimos ponernos de acuerdo. Sallie opina que podría nadar, pero yo estoy segura de que el mejor nadador del mundo se hundiría. Sería gracioso ahogarse en jalea de limón.

Otros dos problemas ocupan la atención de nuestra mesa.

1° ¿Qué forma tienen las habitaciones de una casa octogonal? Algunas compañeras insisten en que serían cuadradas, pero yo creo en que deberían tener la forma de un pedazo de torta. ¿Cuál es su opinión?

2° Suponga una gran esfera hueca, hecha de espejos y que sentáramos a una persona en su interior: ¿en qué lugar dejaría de reflejarse su cara para empezar a reflejarse su espalda? Cuanto más nos esforzamos por encontrar la solución, más complicado nos resulta. ¡Ya ve usted qué profundos problemas filosóficos ocupan nuestras horas libres!

¿Le conté o no de las elecciones? Se realizaron hace tres semanas. Sallie fue elegida y desfílamos con antorchas y unos cartelones que decían: ¡Adelante, McBride!

Somos personas muy importantes las del cuarto 258, porque a Julia y a mí nos toca por reflejo parte de la

gloria. Da mucho prestigio social el compartir nuestro departamentito con la presidenta.

Bonne nuit, cher Papaíto (Buenas noches, querido).
Acceptez mes compliments (Acepte usted mis saludos) *Très respectueuse* (Respetuosamente).

Votre Judy (Vuestra)



12 de noviembre

Querido Papaíto Piernas Largas:

Ayer derrotamos en básquetbol a las alumnas de primer año. Por supuesto que estamos contentas, pero nos gustaría ganarles a las del cuarto año. No me importaría llenarme de moretones y quedarme en cama una semana.

Sallie me ha invitado a pasar con ella las vacaciones de Navidad. Su familia vive en Worcester, Massachusetts. ¿No le parece que fue muy amable de su parte? Me encantará ir. Nunca he conocido una familia completa,

exceptuando la de “Los Sauces”, pero los Semple son personas mayores. En cambio, la casa de los McBride está llena de chicos (bueno, dos o tres), una madre, un padre, una abuela y un gato de Angora. ¡Hacer maletas y marcharse es más divertido que quedarse en el *college*! Apenas puedo dominar mi emoción.

Es la séptima hora y tengo que presentarme al ensayo. Me han incluido en una representación para el Día de Acción de Gracias. Soy un príncipe en una torre con túnica de terciopelo y rizos dorados. ¡Qué entretenido!

Suya,

J.A.

Sábado

¿Le gustaría conocerme? Le mando una foto que nos tomó Leonor Fenton a las tres.

La rubia que se ríe es Sallie; la más alta con la nariz hacia arriba es Julia y la más pequeña con el cabello en la cara es Judy; en realidad, es más bonita, pero el sol le daba en los ojos.

*“Pórtico de Piedra”. Worcester, Mass.
31 de diciembre*

Querido Papaíto Piernas Largas:

Quise escribirle antes para agradecerle su cheque de Navidad, pero la vida en casa de los McBride es tan absorbente que nunca puedo encontrar dos minutos

consecutivos para sentarme a un escritorio.

Me compré un vestido nuevo. No lo necesitaba, pero me encantó. Éste es el regalo de Navidad de Papaíto Piernas Largas; mi familia me envió cariños.

Las vacaciones que estoy pasando con Sallie están resultando sensacionales. Vive en una antigua casa de ladrillos con adornos blancos, retirada de la calle, como esas casonas que solía mirar con curiosidad cuando estaba en el Asilo John Grier, tratando de imaginar cómo serían por dentro. ¡Nunca esperé verlas con mis propios ojos y sin embargo aquí estoy! ¡Todo es tan cómodo, tranquilo y hogareño! Me gusta recorrer las habitaciones y contemplar su decoración.

Es una casa ideal para criar niños, llena de rincones oscuros para jugar a las escondidas, amplias chimeneas para tostar maíz, un altillo para jugar en días lluviosos, una gran cocina muy soleada y una cocinera muy gorda que está en la casa desde hace trece años.

Con sólo mirar esta casa dan ganas de retornar a la niñez.

¡Y en cuanto a la familia! ¡Superó lo que pudiera soñar! Sallie tiene padre, madre y una amorosa hermanita de tres años llena de rizos, un hermano intermedio que siempre se olvida de limpiarse los pies y un hermano alto y buen mozo llamado Jimmie, que es estudiante de tercer año en la Universidad de Princeton.

A las horas de las comidas nos divertimos mucho. Todos ríen, bromean y hablan al mismo tiempo, y no tenemos que dar gracias al Señor antes de empezar. Es un alivio no tener que agradecer a Dios por cada bocado que se come. (Parece una

blasfemia, pero usted también lo haría si hubiera tenido que dar tantas gracias obligatorias como he dado yo en mi vida.)

El señor McBride es dueño de una fábrica, y la víspera de Navidad hicimos un árbol para los hijos de los empleados. Lo pusimos en el salón de empaque, que fue decorado con ramas de pino. Jimmie McBride se disfrazó de Viejo Pascuero y Sallie y yo ayudamos a distribuir los regalos.

Papaíto, ¡qué sensación tan extraña! Me sentía tan benevolente como los tutores del Asilo para Huérfanos John Grier. Besé a un niño todo pegajoso, pero no le acaricié la cabeza a ninguno de ellos.

Y dos días después de Navidad los McBride dieron una fiesta en mi honor.

Por primera vez asistí a un baile verdadero (los del *college* no cuentan, ya que sólo bailamos entre nosotras). Me puse mi nuevo vestido blanco de fiesta, su regalo de Navidad que vuelvo a agradecer, largos guantes blancos y zapatos de raso también blancos. Lo único que empañó mi felicidad total y absoluta fue que la señorita Lippett no pudiera verme bailar con Jimmie McBride. ¿Tendría usted la amabilidad de contárselo la próxima vez que visite el asilo?

Suya, siempre,

Judy Abbott
Sábado, 6.30 de la tarde

Querido Papaíto:

Hoy salimos camino a la ciudad, cuando de repente empezó a llover a cántaros. Me gusta que el invierno sea invierno, con nieve y no con lluvia.



El atractivo tío de Julia nos volvió a visitar y trajo una caja de bombones de tres kilos. Son las ventajas de convivir con Julia.

Nuestra cháchara inocente pareció divertirlo, ya que postergó su partida para el último tren y se quedó a tomar el té con nosotras. Nos costó un triunfo conseguir el permiso. Julia tuvo que jurar ante notario que era su tío. Pero creo que nuestro té hubiera fracasado si el decano hubiera alcanzado a ver lo joven y buen mozo que es el tío Jervis.

Tomamos té con sandwiches de pan negro y queso suizo que él mismo nos ayudó a preparar y luego se comió cuatro. Le conté que había pasado las vacaciones de verano en "Los Sauces" y nos entretuvimos chismorreando acerca de los Semple, los caballos, las vacas y los pollos. Todos los caballos que él recordaba han muerto, menos *Grover*, que era un potrillo la última vez que visitó la granja y que ahora está viejo y apenas puede pastar.

Me preguntó si aún guardaban nueces en una sopera de loza amarilla con tapa azul en el último estante de la despensa. ¡Y claro que sí! Quiso saber si todavía existía la cueva de las marmotas debajo de unas piedras en un extremo del jardín. ¡Y aún está! Amasai cazó este verano una marmota gris y muy gorda que sería descendiente directa de las que conoció el niño Jervie cuando era niño.

Lo llamé "niño Jervie" y no pareció molestarse. Julia comentó que nunca lo había visto tan amistoso.

Lo que pasa es que a Julia le falta tacto y me estoy dando cuenta de que con los hombres es indispensable tenerlo.

No hay que tirar fuerte de la rienda porque cocean. (La metáfora no será muy elegante, pero es bastante ilustrativa.)

Estamos leyendo el diario de María Bashkirtseff.⁵ ¿No es asombroso? Ponga atención: "Anoche tuve un ataque de desesperación que se manifestó en quejidos y que finalmente me impulsó a arrojar al mar el reloj del comedor".

Me alegra no ser un genio: me parecen muy agotadores y muy destructivos del mobiliario.

Suya, siempre,

Judy

20 de enero

Querido Papaíto Piernas Largas:

¿No tuvo usted una hijita que fuera robada de su cuna? ¿Tal vez sea yo esa niñita! Si se tratara de una novela, ése sería el desenlace, ¿no es cierto?

Es realmente muy extraño no saber quién se es. ¡Son tantas las posibilidades! Quizá no sea americana, como tantas otras personas. Puede que descienda directamente de los antiguos romanos, que sea hija de un vikingo, o de un exiliado ruso, o una gitana, lo que no sería raro por mi espíritu nómade, aun cuando no he tenido ocasión de desarrollarlo.

¿Está enterado usted de esa mancha escandalosa en mi hoja, mi fuga del asilo porque me castigaron por robar galletas? Está anotado en los libros y cualquier tutor puede

⁵ Se refiere al diario póstumo de esta rusa. En su época causó sensación por su calidad literaria y los análisis psicológicos de sí misma. (*N. del E.*)

leerlo. Pero realmente, papaíto, ¿qué otra cosa se podía esperar? Si se deja a una niña hambrienta de nueve años en la despensa a limpiar cuchillos con un tarro de galletas a su lado, ¿no le extrañaría encontrarle alguna miguita delatora en su delantal?

Y luego si le tiran las orejas, y la obligan a levantarse de la mesa cuando llegan los postres y se les dice a los demás niños que es una ladrona, ¿no esperaría usted que ella tratara de escapar?

Había corrido más de seis kilómetros cuando me encontraron y me llevaron de vuelta al asilo; y me ataron por una semana, como a un perrito travieso, a un poste del patio.

Oigo la campana de la capilla y después me espera una reunión de comité. Lo lamento, porque tenía la intención de escribirle una carta más entretenida esta vez.

Siempre suya,

Judy

P.D. Hay una cosa que puedo descartar: no soy china.

14 de febrero

Querido Papaíto Piernas Largas:

Jimmie McBride me mandó una bandera de Princeton, grande como una pared. Le estoy muy agradecida por acordarse de mí, pero no sé qué hacer con ella. Sallie y Julia no dejan que la cuelgue, porque desentonaría con la

decoración. Pero es de una felpa muy suave y abrigada y de un bonito color naranja y me da lástima no utilizarla. ¿Sería muy impropio que me hiciera una bata de baño? La que tengo es vieja y se encogió al lavarla.

Últimamente he omitido hablarle de mis estudios, pero, aunque no lo crea, mi tiempo está dedicado exclusivamente a preparar mis lecciones. Algunas veces me confundo al aprender tantas cosas a la vez.

“La verdadera erudición”, dice la profesora de química, “es la pasión inagotable por el detalle”.

“Pasen por alto los detalles”, dice la profesora de historia, para “lograr una visión general de un todo”.

Puede imaginarse con qué maestría debemos obrar para mantenernos bien en química e historia. Por mi parte, prefiero el método histórico. Si no recuerdo en qué año llegó a Inglaterra Guillermo el Conquistador o cuándo Colón descubrió América, se trataría de un detalle que la profesora de historia toleraría. Eso le da a una en las lecciones de historia un sentido de seguridad que le falta por completo en las de química.

Ahora debo ir al laboratorio para investigar un pequeño problema de ácidos, sales y álcalis. He quemado mi delantal con ácido clorhídrico. Si aplico la teoría, debería neutralizar este agujero con amoníaco, ¿no es verdad?

Tendremos exámenes la semana que viene, pero ¿quién tiene miedo?

Suya, siempre,

Judy

5 de marzo

Querido Papaíto Piernas Largas:

Sopla el viento de marzo y el cielo está cubierto de nubes negras. En los pinos los cuervos hacen un gran barullo. Dan ganas de cerrar los libros y salir a correr con el viento a través de las colinas.

El sábado pasado organizamos una cacería del zorro. El zorro (compuesto de tres niñas y una bolsa de papel picado) tuvo media hora de ventaja sobre las veintisiete cazadoras. Ocho quedaron en el camino, terminamos diecinueve. La huella nos condujo a una colina y nos hizo cruzar un campo de maíz y un pantano, saltando de piedra en piedra. Por supuesto que la mitad se hundió hasta los tobillos. Constantemente perdíamos el rastro y nos demoramos veinticinco minutos en cruzar el pantano. Después de dejar atrás otra colina y algunos árboles, llegamos a la ventana del granero. La puerta estaba clausurada y la ventana era muy alta y pequeña. No era un juego limpio, ¿no es verdad?

Pero nosotras rodeamos el granero y volvimos a encontrar el rastro que salía del techo de un pequeño galpón. El zorro creyó despistarnos, pero se equivocó. Recorrimos tres kilómetros con mucha dificultad, porque los papeles estaban muy espaciados. Por fin, después de dos horas de caminar, fuimos a dar a la cocina de la granja "Fuente Cristalina". Y allí encontramos a las tres jóvenes comiendo plácidamente galletas con leche y miel. No creyeron que llegaríamos tan rápido, pues pensaban que estábamos atascadas en la ventana del granero.



Ambas partes insistimos en que habíamos ganado. Yo opino que nosotras ganamos, porque las encontramos antes de que volvieran al colegio. Pero pronto nos olvidamos de nuestra discusión y nos instalamos como langostas en las mesas y a gritos pedíamos miel, que no alcanzó para todas; pero la señora de la granja nos trajo un frasco de dulce de frutilla, un tarro de miel que acababa de preparar y pan negro.

Llegamos al colegio a las seis y media —media hora de retraso para la cena— y entramos al comedor sin cambiarnos de ropa y comimos con nuestro apetito habitual. Luego faltamos todas a la capilla con el pretexto de que nuestras botas estaban en un estado lamentable.

Nunca le conté cómo me fue en los exámenes. Los aprobé con gran facilidad; conozco el secreto y no pienso volver a fracasar. Sin embargo, no podré recibirme con honores por mis fracasos en latín y geometría de primer año. Pero no me preocupa.

Seguro que usted habrá leído *Hamlet*, ¿verdad? Si no lo ha hecho, se lo recomiendo. Es sencillamente admirable. Toda mi vida he escuchado a Shakespeare, pero nunca imaginé que escribiera tan bien; por momentos sospeché que descansaba mucho en su reputación. Todas las noches me duermo imaginándome que soy el personaje principal femenino del libro que estoy leyendo. Ahora soy Ofelia, ¡y una Ofelia tan sensata! Todo el tiempo entretengo y mimo a Hamlet y lo regaño y lo cuido para que no se resfríe. Además lo he curado totalmente de su melan-

colía. El Rey y la Reina han muerto —en un naufragio—, de modo que Hamlet y yo reinamos en Dinamarca sin problemas. El reino marcha a la perfección. Él se ocupa del gobierno y yo de la beneficencia. He fundado varios asilos para huérfanos. Si usted o alguno de los tutores quieren visitarlos, se los mostraré con mucho agrado. Creo que encontrarán muchas ideas útiles.

Suya, muy graciosamente,

Ofelia

Reina de Dinamarca

24 de marzo

Querido Papaíto Piernas Largas:

No creo que puedairme al cielo, por todas las cosas buenas que me están ocurriendo aquí en la tierra; no sería justo obtenerlas también en el más allá. Escuche lo que sucedió.

Jerusa Abbott ha ganado el concurso de cuentos (un premio de veinticinco dólares) que el *Mensual* realiza todos los años. ¡Y apenas en segundo año! La mayoría de las concursantes son del cuarto. No podía creerlo cuando vi mi nombre en la lista. Tal vez llegaré a ser una escritora, después de todo. Ojalá la señorita Lippett no me hubiera puesto un nombre tan tonto.

Además, he sido elegida para una representación teatral. Daremos al aire libre *Como gustéis* y yo seré Celia, la prima de Rosalinda.

Por último: Julia, Sallie y yo nos vamos a Nueva York

el viernes a hacer compras para primavera y pasaremos la noche allí para ir al teatro al día siguiente con Jervie, que nos invitó. Julia se quedará con su familia y Sallie y yo iremos al Hotel Washington. ¿Ha oído algo más emocionante? Nunca en mi vida he estado en un hotel ni en un teatro.

¿Y qué se imagina que vamos a ver? *Hamlet*, lo hemos estudiado durante cuatro meses y me lo sé de memoria.

¡Estoy tan contenta con estos programas que apenas puedo dormir!

Adiós, papaíto.

Este mundo es muy entretenido.

Suya, siempre,

Judy

7 de abril

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡Qué grande es Nueva York! Worcester no es nada a su lado. ¿Querría explicarme cómo puede vivir en medio de tanta confusión? No creo que me recupere tan fácilmente de semejante deslumbramiento. No sé por dónde empezar a contarle las cosas asombrosas que he visto; pero supongo que usted las conoce, puesto que vive allí.

Acaso, ¿no son muy entretenidas las calles? ¿Y la gente? ¿Y las tiendas? Nunca he visto cosas tan lindas como las que se exhiben ahí.

Sallie, Julia y yo salimos de compras el sábado por la mañana. Julia entró a un lugar lujosísimo; las paredes

blancas y doradas, las alfombras azules, igualmente los cortinajes y las sillas doradas. Salió a recibirnos una señora muy hermosa de pelo rubio y un vestido de seda negra. Pensé que estábamos de visita y quise estrecharle la mano. Pero estábamos allí para comprar un sombrero. Al menos eso es lo que hacía Julia. Se sentó frente al espejo y se probó una docena, cada uno más lindo que el anterior, y compró dos de los más hermosos.

No puedo imaginarme un placer mayor al de sentarme frente a un espejo y comprar un sombrero que me guste sin tener que preocuparme por el precio. No hay duda, papaíto, que Nueva York no tardaría mucho en deteriorar este carácter firme y estoico que el Asilo John Grier formó con tanta paciencia.

Cuando terminamos las compras, nos encontramos con Jervie en el restaurante Sherry's, que usted ya conocerá. Entonces sabrá cómo me sentía en ese momento.

Después del almuerzo fuimos al teatro. ¡Fue deslumbrante, maravilloso, increíble! Sueño con ello todas las noches. ¿Verdad que Shakespeare es magnífico?

Hamlet es muy superior visto en el teatro que cuando lo analizamos en clase.

Regresamos el sábado por la noche y comimos en el tren. Tenía mesitas con lámparas rosadas y eran servidas por un mozo negro. No sabía que sirvieran comidas en los trenes, y sin pensar lo dije en voz alta.

—Pero, ¿dónde te educaste? —preguntó Julia.

—En un pueblo —repuse humildemente.

—¿Y no viajaste nunca? —insistió mi amiga.

—Hasta que vine al *college*, no, y como fue un viaje corto... —le contesté.

Se está interesando por mí porque digo cosas inesperadas. Trato de no decirlas, pero se me escapan. Pero me estoy aclimatando. Ya no cometo errores tan tremendos.

Estoy cumpliendo mi período de aclimatación y ya no me siento incómoda con las otras muchachas.

Me olvidaba contarle que el señor Jervis nos regaló a cada una un ramo de violetas y lirios del valle. ¡Qué gentil! Nunca me interesaron mucho los hombres, por culpa de los tutores.

¡Cinco páginas! ¡Esto sí que es carta! Paciencia. Aquí termino.

Suya, siempre,

Judy

10 de abril

Querido Señor Multimillonario:

Le devuelvo su cheque de cincuenta dólares. Se lo agradezco, pero no creo que deba aceptarlo. Mi mesada es suficiente para comprar todos los sombreros que necesito. Lamento haberle escrito todas esas cosas sobre la tienda de sombreros; sólo fue porque nunca había visto algo así.

Sin embargo, no pensé que diera la impresión de estar pidiendo algo. No quiero aceptar más caridad que la indispensable.

Sinceramente suya,

Jerusa Abbott

11 de abril

Mi muy querido Papaíto:

¿Quiere perdonarme la carta que le escribí ayer? Me arrepentí enseguida de echarla en el buzón.

Ahora es medianoche, y hace horas que estoy despierta pensando que me he portado como un gusano. He cerrado la puerta muy despacio para no despertar a Julia y Sallie, y estoy sentada en la cama escribiéndole en una hoja arrancada de mi cuaderno de historia.

Sólo quería decirle que lamento haber sido tan descortés respecto a su cheque. Sé que tuvo la mejor intención y creo que es usted muy bueno al tomarse la molestia por una cosa tan tonta como un sombrero. Tendría que habérselo devuelto con palabras más amables.

Mi caso es diferente al de las demás niñas. Ellas pueden recibir regalos con naturalidad. Tienen padres, madres, tíos y tías; pero mi relación con usted es muy distinta. A mí me gusta imaginarme que usted me pertenece en alguna forma, y sé que en realidad estoy sola y luchando con el mundo. Y cuando lo pienso se me corta un poco el aliento. A veces trato de olvidarme un poco de lo que soy, ¿pero comprende usted, papaíto? No puedo aceptar más dinero que el necesario, porque un día voy a querer devolvérselo y aunque llegue a ser una escritora famosa no podré hacer frente a una deuda tan tremenda.

Me encantan los sombreros bonitos y los vestidos, pero no puedo hipotecar mi futuro por ellos.

Me perdona por ser tan mal educada, ¿no es cierto?

Tengo la costumbre de dejarme llevar por mis impulsos, y cuando quiero recuperar mis cartas, ya es demasiado tarde. Pero si parezco desagradecida, no es ésa mi intención. Al contrario, le agradezco de todo corazón la libertad que usted me ha proporcionado. Mi niñez fue una larga y rencorosa etapa de rebelión, y ahora soy tan feliz en cada minuto del día que me cuesta creer que es cierto. Me siento como una heroína de novela.

Las dos y cuarto. Voy a salir en puntillas a despachar esta carta, así la podrá recibir usted en el correo siguiente de la otra y tendrá menos tiempo para pensar mal de mí.

Buenas noches, papaíto. Lo querré siempre.

Judy

4 de mayo

Querido Papaíto Piernas Largas:

El sábado pasado fue el Día del Deporte. Todo fue espectacular. Primero hubo un desfile de todos los cursos vestidas de blanco. Las alumnas de cuarto año llevaban sombrillas azules y doradas, y las de tercero, estandartes blancos y amarillos. Nuestro curso tenía globos rojos, que a pesar de nuestros cuidados se escapaban y flotaban en el aire, y las de primero se pusieron unos sombreros de papel verde con largas cintas. Nos acompañaba una banda con uniformes azules que contratamos en la ciudad. Y también una docena de payasos para entretener al público entre las diversas competiciones.

Julia se disfrazó de campesino gordo, de patillas. Patsy

Moiriarty, que es alta y delgada, era la esposa de Julia y llevaba puesto un absurdo gorro sobre una oreja. Provocaron grandes carcajadas. Julia representó muy bien su papel. Nunca pensé que una Pendleton pudiera ser tan buena comediante, con perdón del señorito Jervie; no lo considero un verdadero Pendleton, así como a usted no lo considero un verdadero tutor.

Sallie y yo no estuvimos en el desfile, porque participamos en la competencia. ¿Qué le parece? ¡Ambas ganamos! Por lo menos en algo. Intentamos en la carrera con obstáculos y perdimos. Luego Sallie ganó el salto con garrocha (dos metros y veinte) y yo los ocheta metros (ocho segundos).

Me quedé sin aliento pero valió la pena, porque mi curso me alentaba agitando los globos y gritando:

—¿Qué le pasa a Judy Abbott?

—¡Va a ganar!

—¿Quién va a ganar?

—¡Judy Abbott!

Eso, papaíto, es la fama. Luego tuve que trotar a los vestuarios para que me frotaran con alcohol y me dieran a chupar



un limón. Nos tratan como a verdaderas profesionales. Es emocionante ganar un prueba, porque son puntos para el curso, y la que acumula más se lleva la copa atlética a fin de año. Este año ganaron las del cuarto, con siete pruebas en su favor. La asociación de atletismo nos dio una cena a las ganadoras. Nos dieron jaibas y helados de chocolate, moldeados en forma de pelotas de básquetbol.

Me he pasado la mitad de la noche leyendo *Jane Eyre*. ¿Tiene usted edad suficiente, papaíto, para recordar cosas de hace sesenta años? Si así fuera, ¿hablaba la gente como en el libro?

La altiva lady Blancke dice a su lacayo: “Detén tu cháchara, bribón, y ejecuta mi mandato”. El señor Rochester habla del firmamento metálico cuando quiere decir “cielo”; y en cuanto a la loca que se ríe como una hiena y prende fuego a las cortinas de la cama, desgarrar velos de novia y muerde; es todo un melodrama, pero aun así no puedo dejar de leer.

Hay algo en las hermanas Brontë que me fascina. Sus libros, sus vidas, su espíritu, ¿de dónde lo sacaron? Cuando leía las aflicciones de la pequeña Jane en el asilo me enojé de tal manera que tuve que salir a caminar para tranquilizarme. Comprendí perfectamente lo que ella sentía. Habiendo conocido a la señorita Lippett, pude imaginarme al señor Brocklehurst.

No quiero decir que el Asilo para Huérfanos John Grier sea como el Instituto Lowood. Siempre tuvimos qué comer, ropa, agua con que lavarse y leña para la caldera. Pero existe algo en común: la monotonía. Nunca pasaba nada

agradable, salvo el helado de los domingos y aun eso se convertía en rutina. En los dieciocho años que permanecí recluida recuerdo una sola aventura: cuando se quemó la leñera. Hubo que levantarse por la noche y vestirse, para estar listos en caso de que el fuego se propagara por el edificio. Pero no pasó nada y volvimos a la cama.

A todos nos gustan las sorpresas. Pero yo nunca tuve una hasta que la señorita Lippett me llamó a su oficina para decirme que un señor Smith iba a mandarme a un *college*, y aun entonces, me dio la noticia tan gradualmente que apenas me impactó.

Creo, papaíto, que la cualidad más necesaria que puede tener una persona es la imaginación. Le permite que alguien se ponga en el lugar de otro. La hace a una bondadosa y comprensiva. Habría que desarrollarla en los niños. Pero el asilo aplastaba el menor espíritu de iniciativa. El deber era lo único que se estimulaba. No creo que los niños tengan que saber el significado de esta palabra: es odiosa y detestable. Se les debería enseñar a hacer las cosas por amor.

¡Espere usted a ver el asilo que yo pienso dirigir! Es uno de mis juegos favoritos por la noche, antes de dormir. Lo tengo todo planeado, las comidas, ropas, el estudio y los entretenimientos; y hasta los castigos los tengo previstos, porque aun mis mejores huérfanos a veces se portan mal.

Lo más importante es que serán felices. Porque pienso que a los niños hay que ahorrarles toda clase de sufrimientos para que cuando crezcan puedan recordar una infancia feliz. Y si llego a tener hijos, por muy desgraciada

que llegue a ser, no les permitiré que ellos compartan mis preocupaciones durante la niñez.

(La campana de la capilla. Terminaré esta carta cuando vuelva).

Sábado por la mañana

Talvez usted crea que, por ser ayer viernes y no tener clases hoy, puedo dedicar la noche a leer la colección de obras de Stevenson que me compré con el dinero del premio. Si eso cree es porque nunca asistió a un *college* de señoritas, papá querido. Se dejaron caer diez amigas para hacer dulces y derramaron el líquido pegajoso sobre nuestra mejor alfombra. Nunca podremos limpiar la mancha.

Últimamente no he mencionado mis lecciones, pero asistimos a clase todos los días. Es un alivio alejarme un poco de ellas y discutir la vida general. Aunque es una discusión unilateral, usted puede intervenir cuando guste.

Hace tres días que estoy escribiendo esta carta y me temo que ya esté aburrido.

Adiós, amable señor.

Judy

2 de junio

Querido Papaíto Piernas Largas:

Nunca adivinará lo agradable que me ha ocurrido.

Los McBride me han invitado a pasar con ellos el verano en su propiedad de los Adirondacks⁶. Pertene-

⁶ Montañas cercanas a Nueva York. Zona de veraneo. (N. del E.)

cen a una especie de club que hay junto a una preciosa laguna en medio del bosque. Los diferentes socios tienen cabañas construidas de troncos, dispersas entre los árboles. Practican remo en el lago, hacen excursiones y descubren otros campamentos. Una vez por semana hay un baile en la sede central. Jimmie McBride llevará a un compañero de la universidad, así que no nos faltarán parejas para bailar.

No sé cómo agradecerle a la señora McBride por haberme invitado. Parece que le gusté cuando pasé la Navidad en su casa.

Perdóneme por escribir tan corto hoy, pero el único propósito es informarle que ya tengo mis planes para el verano.

Suya, y muy contenta,

Judy

5 de junio

Querido Papaíto Piernas Largas:

Su secretario me ha escrito diciendo que el señor Smith prefiere que no acepte la invitación de la señora McBride y que debo volver a "Los Sauces", como el verano pasado.

Pero, ¿por qué, papaíto, por qué?

No ha entendido bien lo que pasa. La señora McBride me invita de todo corazón y no les molestaré; al contrario, Sallie y yo ayudaremos. Es una gran oportunidad para aprender a manejar una casa. Toda mujer debe aprenderlo y yo sólo conozco el manejo del asilo.

Son pocas las jóvenes de nuestra edad que van al campamento, y la señora McBride quiere que le haga compañía a Sallie. Hemos planeado adelantar en nuestras lecturas. Es mucho más fácil recordar los libros si los leemos juntas y los discutimos.

Sólo vivir en la misma casa con la madre de Sallie constituye todo un curso de buena educación, porque es la mujer más interesante, entretenida y encantadora del mundo. Sabe de todo. Piense en todos los veranos que pasé con la señorita Lippett y cómo voy a apreciar el contraste.

Será un verano muy saludable, respirando el aire del bosque. Jimmie McBride me enseñará a remar, a cazar y miles de cosas que yo debería saber. Es la vida despreocupada y alegre que nunca he tenido y pienso que todo ser humano se merece tales cosas una vez en su vida. Por supuesto, papaíto, que haré lo que usted me diga, pero, por favor, por favor, papaíto, déjeme ir. Nunca he deseado nada tanto en mi vida.

No es Jerusa Abbott, la futura gran escritora, quien se lo pide, es sólo Judy, una muchacha.

9 de junio

Señor John Smith.

Estimado señor:

He recibido su carta con fecha 7 del corriente. De acuerdo con las instrucciones enviadas por su secretario, partiré el próximo viernes para pasar las vacaciones en "Los Sauces".

A la espera de sus gratas órdenes,

Sta. Jerusa Abbott

"Los Sauces", 3 de agosto

Querido Papaíto Piernas Largas:

Hace casi dos meses que no le escribo, lo que realmente está muy mal, pero, para serle franca, no lo he querido mucho este verano.

No puede imaginarse mi desilusión al tener que abandonar el proyecto de pasar mis vacaciones con los McBride. Sé que usted es mi tutor y que tengo que respetar todos sus deseos, pero no pude entender sus razones. Era tan evidente que habría sido lo mejor que podría haberme ocurrido. Si yo hubiera sido papaíto y usted Judy, le habría dicho: "¡Que Dios te bendiga, hija mía! Anda y diviértete; conoce mucha gente y aprende muchas cosas nuevas; vive al aire libre y ponte fuerte y descansa para el trabajo que te espera el último año".

Pero no fue así. Sólo hubo una nota de su secretario ordenándome ir a "Los Sauces".

Es la impersonalidad de sus mandatos lo que lastima mis sentimientos. Si usted sintiera por mí un poco del cariño que yo siento por usted, me mandaría un mensaje escrito de puño y letra, en lugar de esas notas escritas a máquina por su secretario. Si tuviera una leve demostración de cariño de su parte, haría cualquier cosa por complacerlo.

Sé que debo escribir largo y detallar cartas sin esperar respuesta. Usted está cumpliendo con su parte del convenio —me educa— y supongo que usted cree que yo no cumplo con mi parte.

Pero, papaíto, realmente es muy dura mi parte del pacto. ¡Estoy tan sola! Usted es la única persona en que puedo confiar y es tan borroso. Usted es para mí un hombre imaginario que he inventado, y probablemente la fantasía no coincida para nada con la realidad. Sin embargo, cuando estuve enferma me envió una tarjeta, y ahora, cuando me siento olvidada, la vuelvo a leer.

Creo que no logro comunicarle nada de lo que empecé a decirle, que era lo siguiente:

Aunque mis sentimientos están heridos, cuando un hombre ha sido tan amable, generoso y comprensivo como usted, supongo que tiene derecho a ser arbitrario, irrazonable e invisible, si lo desea; por lo tanto, decido perdonarlo y volver a estar alegre.

He escrito mucho este verano; cuatro cuentos terminados y enviados a diferentes revistas. Creo que estoy trabajando en serio en mi profesión de escritora. Tengo mi cuarto de trabajo en un rincón del altílo donde el niño Jervie jugaba en los días de lluvia. Es fresco y aireado, con dos ventanas; sombreado por un gran arce habitado por una familia de ardillas rojas.

Dentro de algunos días le escribiré una carta más detallada contándole noticias sobre la granja. Necesitamos lluvia.

Suya como siempre,

Judy

10 de agosto

Señor Papaíto Piernas Largas.

Estimado señor:

Estoy en la segunda horqueta del sauce que está junto a la laguna. Una rana croa allá abajo y dos pequeñas lagartijas suben y bajan entre las ramas. Hace una hora que estoy aquí. Subí con la esperanza de escribir un cuento inmortal, pero mi heroína me está dando mucho trabajo; no quiere hacer caso de mis deseos, por lo que he decidido abandonarla un momento, y estoy escribiéndole a usted.

Pero no he ganado mucho, porque tampoco puedo hacer que se comporte usted como yo quisiera.

Si sigue usted en esa ciudad terrible que es Nueva York, me gustaría enviarle un trozo de este paisaje y un poco de aire. El campo es un paraíso después de una semana de lluvia.

Y a propósito de paraíso, ¿recuerda usted al señor Kellogg, de quien le hablé el verano pasado? Era el párroco de la iglesia de Corners. Pues bien, el pobre murió el invierno pasado de pulmonía. Siguió creyendo hasta el final las mismas cosas que había creído siempre. Considero que un hombre que es capaz de mantener sus convicciones durante cuarenta y siete años, sin la menor sombra de duda, es digno de admiración. ¡Espero que esté gozando de ese paraíso que estaba tan seguro de encontrar! Hay un nuevo párroco joven que lo ha reemplazado. Los feligreses no están muy convencidos con él, especialmente el grupo encabezado por Dean Cummings. Parece que se va a producir una división en la iglesia. Esta

comunidad no aprecia los cambios en materia de religión.

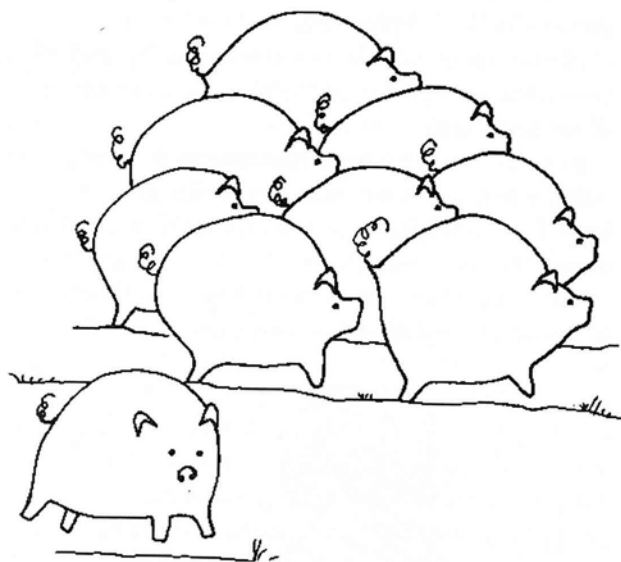
La semana de lluvia la pasé en el altílo en un banquete de lectura, especialmente de Stevenson⁷. La personalidad del autor es más interesante que la de cualquiera de sus personajes. Creo que él mismo forjó su vida como la de un héroe de novela. ¿No le parece magnífico que haya invertido los diez mil dólares que heredó de su padre en un yate para recorrer los mares del Sur? Vivió de acuerdo a las aventuras que escribía. Si mi padre me hubiera dejado diez mil dólares haría exactamente lo mismo. Me encantaría conocer los trópicos. Quisiera conocer el mundo entero. Y lo voy a hacer algún día, papaíto, cuando sea una escritora famosa o me destaque en cualquier otra actividad. Tengo un terrible deseo de tomar mi maleta y partir. No quiero morirme sin antes ver las palmeras y los templos del Sur.

*Jueves por la tarde a la hora del crepúsculo.
Sentada en el umbral.*

Estoy muy filosófica últimamente. Lo único que deseo es disertar extensamente sobre el mundo en general, en lugar de descender a los detalles triviales de la vida diaria.

El martes pasado nuestros cerditos cruzaron el arroyo por el vado y solamente volvieron ocho.

No queremos acusar a nadie, pero sospechamos que la viuda Dowd tiene uno de más.



⁷ Robert L. Stevenson, el conocido autor de *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde* y *La isla del tesoro*. (N. del E.)

El señor Weaver pintó su granero y sus dos silos de un fuerte color amarillo.

Los Brewer tienen visitas esta semana: la hermana de la señora y dos sobrinas de Ohio.

Una de nuestras gallinas Rhode Island no sacó más que tres pollitos, de los quince huevos que tenía en el nido. En mi opinión, se debe a la inferioridad de la raza. Prefiero las Buff Orpingtons.

El nuevo empleado de correos se bebió toda la ginebra que tenían en depósito, por valor de siete dólares, antes de ser descubierto.

El viejo Ira Hatch tiene reumatismo y ya no puede trabajar más y como nunca ahorró dinero cuando cobraba buenos salarios, ahora tendrá que vivir en el asilo de ancianos de la ciudad.

Me compré un sombrero en el pueblo. Éste es mi último retrato rastrillando el heno.



Está muy oscuro para seguir escribiendo. De todos modos ya no tengo más noticias.

Buenas noches.

Judy

Viernes

¡Buenos días! Tenemos muy buenas noticias. Jamás adivinaré quién vendrá a "Los Sauces". Llegó una carta del señor Pendleton a la señora Semple. Está recorriendo Berkshire en auto y como está cansado desea reposar en un lugar tranquilo y apartado. La duración de su estadía depende de cómo se sienta en el campo.

Nos hemos puesto todos a trabajar. Se ha limpiado toda la casa y se lavaron todas las cortinas. Mañana iré al pueblo y compraré un felpudo para la entrada y dos tarros de cera para la entrada y las escaleras. Contratamos a la señora Dowd para lavar los vidrios (con la emergencia, olvidamos las sospechas respecto del lechoncito). Usted debe pensar que la casa no ha estado siempre inmaculada. Pero se equivoca. La señora Semple es una excelente ama de casa.

El señor Pendleton no precisó el día de su llegada y si no se apura tendremos que volver a limpiar toda la casa. ¡Viviremos en un constante suspenso hasta que llegue!

Ahí está Amasai ensillando el viejo *Grover* a la calesa. Iré sola, pero no tema, papaíto, por mi seguridad.

Adiós, papaíto, con la mano sobre el corazón.

Judy

P. D. Así termina una carta de Stevenson.

Sábado

¡Buenos días otra vez!

Ayer no tenía la carta lista cuando pasó el cartero, de modo que añadiré algo más. Viene una vez al día a las doce en punto. El reparto postal es una bendición para los granjeros, porque el cartero no sólo trae las cartas sino que por unos centavos se encarga de hacer mandados para nosotros en el pueblo. Ayer me trajo cordones de zapatos, un pote de crema para la cara (con el sol me pelé la nariz antes de comprarme el sombrero), una cinta azul y un frasco de betún, todo por unas monedas.

Además nos enteramos de lo que pasa en el "mundo". En su recorrido reparte los diarios del día y los lee mientras los distribuye y repite luego las noticias a los que no están suscritos. Si estalla una guerra entre los Estados Unidos y Japón, o asesinan al presidente o el señor Rockefeller dona un millón de dólares al Asilo para Huérfanos John Grier no necesita molestarse en comunicármelo; de todos modos me enteraré.

El niño Jervie no ha dado señales de vida. Pero tendría que ver qué limpia está la casa, y con qué cuidado nos limpiamos los pies antes de entrar.

Espero que llegue pronto; me muero por tener alguien con quien conversar. La verdad es que la señora Semple se pone monótona. Nunca permite que una idea interrumpa su conversación. Es curioso lo que pasa aquí con la gente: su mundo termina detrás de la primera colina; no son nada universales, si me explico. Lo mismo ocurría en el asilo. Nuestras ideas estaban limitadas por los cuatro

lados de la reja, sólo que no me importaba tanto porque era más joven y siempre estaba muy ocupada. Cuando yo había terminado de hacer todas las camas, lavar a los niños, ir al colegio y regresar de él, lavar otra vez a los niños, zurcir calcetines, remendar pantalones y repasar mis lecciones, llegaba la hora de acostarse y no notaba la falta del intercambio social. Pero después de dos años de *college*, sí que lo extraño muchísimo y no veo el momento de tener a alguien que hable mi propio idioma.

Ahora creo, papaíto, que he terminado. No se me ocurre nada más por el momento. Le escribiré una carta más larga la próxima vez.

Suya, siempre,

Judy

25 de agosto

Sabe, papaíto, llegó nuestro huésped. ¡Y lo pasamos tan bien! Por lo menos yo me divierto y creo que él también, porque ya lleva diez días aquí y ni habla de marcharse. Es escandalosa la manera como la señora Semple lo mima. Si hacía lo mismo cuando era niño, no me explico cómo no lo echó a perder.

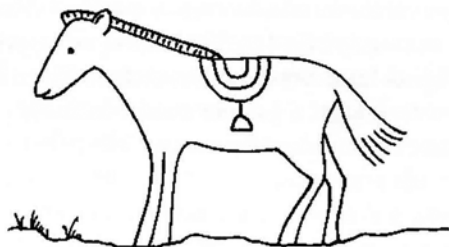
Él y yo comemos en una mesita que instalamos en la gale-ría o a veces bajo los árboles o el salón principal. Jervie elige el lugar donde quiere comer, Carrie lo sigue con la mesa. Luego, si ha sido mucha molestia y ella ha tenido que acarrear los platos muy lejos, encuentra un dólar bajo la azucarera.

A primera vista parece un auténtico Pendleton, pero no lo es, sino sencillo, natural y delicado, cualidad que

resulta graciosa aplicada a un hombre. Pero es verdad. Es muy amable con los granjeros; les da un trato de igual a igual que los desarma enseguida. Al principio lo miraban con desconfianza, porque lo veían tan bien vestido. Y reconozco que sus ropas son más bien sorprendentes. Siempre que se cambia de vestimenta, la señora Semple, llena de orgullo, da vuelta a su alrededor mirándolo desde todos los ángulos y le recomienda que no se vaya a manchar. Pero él siempre le dice: “Vamos, Lizzie, atiende a tu trabajo; ya no soy un niño para que me sigas cuidando”.

Es muy gracioso pensar que este hombre de piernas tan largas (casi tanto como las suyas, papaíto) se haya sentado alguna vez en la falda de la señora Semple para que le lavaran la cara. Sobre todo teniendo en cuenta su gordura. Pero ella dice que era muy delgada y ágil y que corría más ligero que él.

Todos los días tenemos aventuras. Me ha enseñado a pescar, a manejar el rifle y el revólver y a montar a caballo. Es asombrosa la energía que tiene el viejo *Grover*. Lo alimentamos con avena durante tres días y se espantó con un ternero, y casi se desboca conmigo arriba.



Miércoles

El lunes por la tarde trepamos la Colina del Cielo. Es una montaña que hay cerca de aquí, no muy alta, quizá —no tiene nieve en la cumbre—, pero se llega sin aliento a la cima. Las praderas están cubiertas de árboles. Y más arriba ya no hay más que rocas y matorrales. Nos quedamos hasta la puesta del sol, e hicimos un fuego para calentar la comida. Jervie cocinó; dijo que lo hacía mejor que yo, porque estaba acostumbrado a los campamentos. Luego bajamos a la luz de la luna y cuando llegamos al sendero del bosque donde estaba oscuro, encendió la linterna que llevaba en el bolsillo. ¡Fue tan divertido! Rió y bromeó todo el camino y habló de cosas interesantes. Ha leído todos los libros que yo he leído y muchos otros más. Es asombroso comprobar las cosas que sabe.

Esta mañana salimos a caminar y nos sorprendió la lluvia. Nos empapamos completamente, pero volvimos felices. Debiera haberle visto la cara a la señora Semple cuando entramos chorreando a la cocina.

—¡Señor Jervie, señorita Judy! ¡Cómo se han mojado! ¡Qué lástima! ¡No podrá usar más ese abrigo tan bonito!

Cualquiera hubiera pensado que teníamos diez años y que ella era una madre afligida. Por un momento creí que nos dejaría sin postre.

Sábado

Hace siglos que empecé esta carta, pero no he tenido un minuto para terminarla. ¿Qué le parece este pensamiento de Stevenson?

El mundo está tan lleno de cosas buenas que deberíamos ser felices como reyes.

Creo que es verdad. El mundo está lleno de felicidad y ésta alcanza para todos, si uno está dispuesto a tomar lo que le toca en suerte. El secreto es adaptarse. En el campo, especialmente, hay tantas cosas entretenidas. Puedo recorrer tierras que no me pertenecen, disfrutar del paisaje que es de todo el mundo y mojarme en cualquier arroyo, y ello sin pagar impuestos.

Ahora es domingo por la noche; son casi las once y no puedo dormir, porque tomé café después de cenar.

Esta mañana, la señora Semple le dijo al señor Pendleton con tono muy decidido:

—Tenemos que salir de aquí a las diez y cuarto para llegar a la iglesia a las once.

—Muy bien, Lizzie —contestó el señor Pendleton—, que el coche esté preparado y si yo no estoy listo, váyanse sin esperarme.

—Esperaremos —repuso ella.

—Como quieras —contestó él—. Sólo que los caballos no se van a quedar quietos mucho tiempo.

Luego, mientras la señora Semple se vestía, Jervie le pidió a Carrie que preparara una canasta con almuerzo para dos. Después me dijo que me pusiera ropa de deporte y nos marchamos por el fondo y nos fuimos a pescar.

Esto desorganizó la marcha de la casa, porque los domingos comemos a las dos de la tarde, pero el señor

Pendleton dijo que comeríamos a las siete —ordena las comidas a las horas que él quiere, como si estuviera en un restaurante—, y eso impidió que Carrie y Amasai salieran a pasear. Pero él dijo que era mejor, porque no consideraba apropiado que salieran a pasear sin acompañamiento; en todo caso, él necesitaba los caballos para salir conmigo. ¿Ha escuchado usted algo más contradictorio?

La pobre señora Semple cree que las personas que se van a pescar los domingos se irán derecho al infierno. Además, quería lucirse con él en la iglesia.

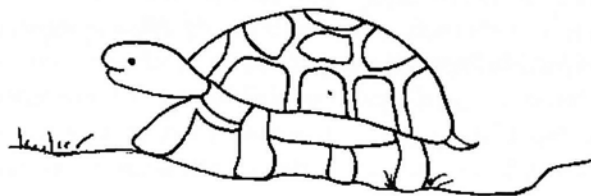
En resumen, nos fuimos de pesca y Jervie pescó cuatro pececitos pequeños. Los cocinamos para el almuerzo en una fogata. Los ensartamos en unas ramas, pero se nos caían al fuego, así es que tenían gusto a ceniza, pero los comimos igual. Volvimos a casa a las cuatro, salimos a pasear en coche a las cinco y cenamos a las siete, a las diez, me enviaron a la cama y aquí estoy, escribiéndole.

Se me cierran los ojos de sueño.

Buenas noches.

Judy

Aquí va el dibujo de un pez que pesqué.



¡Barco a la vista, capitán Piernas Largas!

¿Adivina lo que estoy leyendo? Hace tres días que nuestra conversación es exclusivamente náutica y de piratería. ¿No es divertida *La Isla del Tesoro*? ¿La leyó usted de niño o todavía no se había escrito? Stevenson sólo recibió treinta libras por los derechos de autor, no creo que valga la pena ser un gran escritor. Quizá sea profesora.

Perdóneme que le hable tanto de Stevenson; tengo la cabeza totalmente ocupada en él, porque es el escritor que reina en la biblioteca de "Los Sauces".

Hace dos semanas que estoy escribiendo esta carta, y creo que ya debo terminarla. No dirá, papaíto, que no le cuento hasta el último detalle. Ojalá estuviera usted aquí, con nosotros; lo pasaríamos muy bien. Me gusta que mis amigos se conozcan entre sí. Quería preguntarle al señor Pendleton si lo conocía, cosa que imagino muy posible, ya que ambos se mueven en los mismos círculos sociales, pero no pude, porque desconozco su verdadero nombre.

La señorita Lippett me advirtió que usted era un excéntrico y no se equivocó.

Cariñosamente,

Judy

10 de septiembre

Querido Papaíto:

Se ha ido, y ¡cómo lo extraño! Cuando uno se acostumbra a las personas o a modos de vida y le son arrebatados bruscamente, queda una sensación de vacío.

La conversación de la señora Semple me parece muy desabrida.

Las clases comienzan dentro de dos semanas y me alegra reanudar los estudios. He trabajado bastante este verano; ¡seis cuentos cortos y siete poemas! Los que envié a las revistas me los devolvieron con la más puntual cortesía. Pero no importa, me sirvió de práctica. Jervis los leyó —no pude evitarlo, porque él recibió la correspondencia ese día— y dijo que eran terribles y que demostraban que yo no tenía la menor idea de lo que estaba hablando. (No permite que la cortesía se interponga a la verdad.) Pero el último cuento que escribí, un pequeño bosquejo de la vida del colegio, no le pareció mal; lo pasó a máquina y lo envié a una revista. Hace dos semanas que lo tienen; espero que lo estén reconsiderando.

¡Si pudiera ver nuestro cielo! Hay un resplandor anaranjado sobre todas las cosas. Tendremos tormenta.

Jueves

¡Papaíto, papaíto! ¡Buenas noticias! El cartero acaba de traerme dos cartas.

1° Mi cuento ha sido aceptado. Cincuenta dólares. *Alors!* (entonces) soy una escritora.

2° Una carta del secretario del *college*. Me han otorgado una beca por dos años, que cubrirá mi alojamiento y enseñanza. La razón es "sobresaliente en literatura y excelente en las demás asignaturas". ¡Y yo la gané! Postulé a ella antes de partir del *college*, pero nunca creí obtenerla por mis bajas notas en latín y matemáticas de primer año. Parece

que no pesaron demasiado. Estoy muy contenta, papaíto, porque ya no seré una carga tan pesada para usted. Sólo me hará falta la mesada y quizá pudiera reunir ese dinero escribiendo o dando clases particulares.

Estoy deseando volver y empezar mis estudios.

Suya siempre,

Jerusa Abbott

(Autora de *Cuando las alumnas de segundo año ganaron el partido*. En venta en todos los quioscos a diez centavos)

26 de septiembre

Querido Papaíto Piernas Largas:

De vuelta en el *college* y ya en el penúltimo año. Por eso nos han dado un cuarto de estudio mejor. Está orientado al sur, con dos grandes ventanales, y ¡oh, qué muebles! Julia, con mesada ilimitada, llegó dos días antes, preocupada por la decoración.

Empapelamos de nuevo, alfombras orientales y sillas de caoba. Quedó elegante, pero me siento fuera de lugar en este ambiente; estoy nerviosa por temor a dejar caer una mancha de tinta.

Y, papaíto, encontré su carta, esperándome o, mejor dicho, la de su secretario, espérandome.

¿Quiere usted darme una verdadera razón por la cual no deba yo aceptar la beca? No entiendo su oposición. De todos modos, su rechazo no servirá, porque ya he aceptado, ¡y no pienso volverme atrás! Puede ser que mi respuesta parezca un poco impertinente, pero no es ésa mi intención.

Aceptando esta beca igual le seguiré debiendo toda mi educación, como si le hubiera dejado que la pagara toda, pero mi deuda no será ya tan considerable. Ya sé que usted no quiere que yo le devuelva el dinero; sin embargo, me he propuesto pagárselo, si me es posible; y el haber ganado esta beca lo hace más fácil.

Espero que entienda mi situación y no se enoje. La mesada la recibiré encantada. ¡Necesito dinero para ponerme a la altura de Julia y de sus muebles! Desearía que sus gustos fueran más sencillos o que no fuera mi compañera de cuarto.

Esto no puede llamarse una carta, esperaba haberle escrito una larga, pero me esperan cuatro cortinas que tengo que dobladillar (me alegro de que no vea el largo de las puntadas), cortar un alambre para colgar los cuadros con tijeras de uñas, ordenar cuatro cajas de libros, guardar los baúles de ropa (es increíble que Jerusa Abbott tenga dos baúles de ropa, pero es verdad) y saludando entretanto a cincuenta amigas.

¡El primer día de clase está lleno de acontecimientos!

Buenas noches, papaíto querido, y no se enoje porque su pollita quiere usar sus propias alas. Pronto será una gallina llena de energía con un cloqueo muy decidido y un plumaje hermoso (gracias a su generosidad).

Cariñosamente,

Judy

30 de septiembre

Querido Papaíto:

¡Todavía insiste con lo mismo! No he conocido nunca un hombre tan obstinado, testarudo, irrazonable, porfiado e incapaz de ver las cosas desde un punto de vista distinto del suyo.

Prefiere que no acepte favores de extraños.

¡Extraños! ¿Y se puede saber qué es usted? Acaso hay alguien en este mundo al que conozca menos? Ni siquiera lo reconocería si lo encontrara en la calle. ¡Si usted hubiera sido una persona razonable y sensata y hubiera escrito cartas alentadoras y paternas a su pequeña Judy y hubiera venido a visitarla alguna vez y le dijera lo contento que estaba de sus progresos! Entonces, quizá, lo hubiera respetado por su ancianidad, obedeciendo sus menores deseos, como hija dócil, que se porta como es debido.

Además, no es un favor, es un premio. Me la gané con mis esfuerzos. Si no hubiera sobresalido en literatura, el comité no hubiera otorgado el premio. Algunos años no lo han dado. Además... Pero es inútil discutir con un hombre. Pertenece usted, señor Smith, a un sexo desprovisto de lógica. Para convencer a un hombre hay sólo dos caminos: o halagarlo o enfrentarlo con firmeza. Considero despreciable conseguir algo de un hombre halagándolo, no me queda más remedio que mantenerme firme.

Me niego a rechazar la beca y, si insiste, no aceptaré la mesada y me enfermaré de agotamiento dando clases a las estudiantes de primer año.

¡Éste es mi ultimátum!

Confío en que su secretario no se ofenderá porque presto tan poca atención a sus instrucciones, pero no puedo evitarlo. Hasta ahora he cedido a sus caprichos sin reparos, pero esta vez no pienso cambiar de opinión.

Suya, con una determinación profundamente irrevocable e irreversible,

Jerusa Abbott

9 de noviembre

Querido Papaíto Piernas Largas:

Hoy salí hacia la ciudad para comprar betún de zapatos, unos cuellos, tela para una blusa, un frasco de crema de violetas y un jabón de tocador, todo muy necesario; no podía ser feliz un día más sin estas cosas, y cuando iba a pagar el bus, descubrí que había dejado la billetera en el bolsillo de otro abrigo. Tuve que bajarme y tomar el próximo bus y llegué tarde al gimnasio.

¡Es terrible tener dos abrigos y nada de memoria!

Julia Pendleton me ha invitado a pasar con su familia las vacaciones de Navidad. ¿Qué le parece, señor Smith? ¿Imagina usted a Jerusa Abbott, del Asilo para Huérfanos John Grier, sentada a la mesa de los ricos? Yo preferiría ir donde Sallie, pero Julia me invitó primero. Me asusta un poco la idea de encontrarme con los Pendleton en masa, y también tendría que comprarme ropas nuevas; por lo tanto, papaíto, si escribe que prefiere que me quede en el colegio me inclinaré ante sus deseos con mi habitual y mansa docilidad.

Por el momento estoy dedicada a *Vida y cartas de Thomas Huxley*. Es una obra agradable y liviana para leerla en los ratos libres⁸. ¿Sabe lo que es un *archaeóptero*? Un pájaro. ¿Y un *estereógnato*? No estoy muy segura, pero creo que es un eslabón perdido, un pájaro con dientes o un lagarto con alas. No, no es tampoco. Acabo de mirar el libro. Es un mamífero mesozoico.

Este año me inscribí en economía, una materia muy útil. Cuando termine con eso estudiaré reforma y caridad, entonces, señor tutor, sabré exactamente cómo se organiza un asilo. ¿No cree usted que sería una electora admirable si pudiera votar? La semana pasada cumplí veintiún años. Éste es un país que malgasta sus recursos al ignorar que yo podría ser una ciudadana honesta, educada e inteligente.

Suya, siempre,

Judy



⁸ Ironía de Jerusa, pues Huxley es un autor científico muy poco liviano. (N. del E.)

7 de diciembre

Querido Papaíto Piernas Largas:

Gracias por su permiso para aceptar la invitación de Julia. Supongo que el silencio significa aprobación.

¡Estoy viviendo un verdadero torbellino social! Celebramos el día de los Fundadores con un baile, al que invitan sólo a las estudiantes de los cursos superiores.

Invité a Jimmie McBride, y Sallie, al compañero de cuarto de éste, que los visitó el verano pasado en el campamento —un joven pelirojo muy simpático— y Julia invitó a un joven de Nueva York, un poco aburrido pero socialmente irreprochable. Está emparentado con los De la Mater Chichester. Quizás eso signifique algo para usted; a mí no me dice nada.

Nuestros invitados llegaron el viernes por la tarde. Tomaron con nosotras el té, y luego fueron al hotel. Había tanta gente que tuvieron que dormir en las mesas de billar. Jimmie McBride dice que la próxima vez que lo invitemos a una fiesta en nuestro *college*, traerá su carpa y la instalará en el campus.

A las siete y media ya estaban de regreso para la recepción del presidente y el baile. Nuestras fiestas se realizan siempre muy temprano. Mandamos hacer carnés de baile para anotar los nombres de los jóvenes, y después de cada pieza los dejábamos en la inicial correspondiente a sus apellidos, de modo que sus compañeras pudieran encontrarlos fácilmente. Jimmie McBride, por ejemplo, tenía que esperar pacientemente bajo una “M” hasta que

su compañera lo buscara. (Por lo menos, así debía haber sido, pero él daba vueltas por todos lados confundéndose con las erres y las eses y demás letras.) Se molestó porque no bailó conmigo más que tres veces. Dice que es demasiado tímido para bailar con chicas desconocidas.

A la mañana siguiente asistimos a un concierto en el club y ¿quién cree usted que escribió la letra de la canción especial para esta fiesta? Es verdad, papaíto, fui yo. Su huérfana se está convirtiendo en una personalidad destacada.

En fin, nuestros dos días de fiesta fueron entretenidos, y creo que nuestros invitados lo pasaron muy bien. Al principio, algunos estaban francamente asustados ante la perspectiva de enfrentarse a mil muchachas, pero se aclimataron rápidamente. Nuestros dos estudiantes de Princeton estaban encantados, por lo menos así lo aseguraron, y nos invitaron para las fiestas que ellos preparan en primavera. Ya aceptamos, de modo que, por favor, le ruego que no se oponga, papaíto querido.

Julia, Sallie y yo estrenamos vestidos. ¿Quiere que se los describa? El de Julia era de color crema con bordados en oro y se puso unas orquídeas color lila. Era un sueño importado de París y debió costar un millón de dólares.

El de Sallie era celeste pálido con bordados persas y le quedaba muy bien con su pelo colorín. No era tan caro como el de Julia, pero igualmente elegante.

El mío era de crepé de China rosado, adornado con encajes y raso del mismo color. Y llevaba rosas rojas que me

había enviado Jimmie (seguramente Sallie le había dicho qué color me quedaría bien). Y las tres teníamos zapatos de raso, medias de seda y echarpes de terciopelo haciendo juego.

Es imposible no compadecer a los hombres por la ropa que están obligados a usar. Nada de terciopelos, ni encajes, ni puntos venecianos, ni tejidos de Irlanda para ellos. Mientras que una mujer, aunque se interese por los niños, microbios, maridos, poesía, servidumbre, paralelogramos, jardines, Platón o bridge, está fundamentalmente preocupada por sus vestidos.

Es el único atributo de la naturaleza que todo el mundo comparte. (Esto no es original. Lo saqué de una obra de Shakespeare.)

Sin embargo, y para terminar, ¿quiere que le cuente un secreto que acabo de descubrir? ¿Y me prometerá que no va a pensar que soy muy vanidosa? Escuche, entonces.

Soy bonita. Sería muy tonta si no lo supiera con tres espejos en mi habitación.

Una Amiga

P.D. Ésta es una carta anónima de esas que se leen en las novelas.

20 de diciembre

Querido Papaíto Piernas Largas:

Dispongo de sólo unas líneas, porque debo asistir a dos clases, preparar un baúl, una maleta y alcanzar el tren de las cuatro, pero no podía partir sin agradecerle sus regalos de Navidad.

Me gustan las pieles, el collar, la bufanda, los guantes, los pañuelos, los libros y la cartera y, más que nada, papaíto, aprecio su cariño. Pero, ¿ha pensado cómo me está malcriando con tantos mimos, papaíto? Después de todo soy humana, y, ¿cómo puedo concentrarme en mi carrera cuando usted mismo me distrae con tantas frivolidades?

Ahora tengo sospechas de que el tutor que nos enviaba el árbol para Navidad y los helados de los domingos era usted. No sabíamos su nombre, pero por sus obras lo conozco. Merece ser muy feliz por todas las cosas buenas que ha hecho.

Adiós y una alegre Navidad. Suya, siempre.

Judy

P.D. Le mando una fotografía. ¿Le gustaría conocerla personalmente?

11 de enero

Tenía intenciones de escribirle desde Nueva York, pero es una ciudad absorbente.

Pasé días muy agradables, pero me alegro de no pertenecer a esa familia. Comprendo ahora cuando la genta habla de estar agobiada por las cosas. El ambiente de aquella casa es aplastante. No pude respirar a gusto hasta que estuve en el tren, de regreso. Todos los muebles eran tallados, tapizados y suntuosos. La gente que conocí estaba muy bien vestida, hablaba en voz baja y eran muy corteses, pero creo que en todo el tiempo que estuve allí no escuché

decir una palabra de verdadera conversación. No creo que alguna idea haya traspasado la puerta de calle.

La señora Pendleton no piensa más que en joyas, modistas y compromisos sociales. ¡Es una madre completamente distinta a la señora McBride! Si alguna vez me caso y tengo hijos, trataré que se parezcan a los McBride. Ni por todo el dinero del mundo permitiría que un hijo mío se pareciera a un Pendleton. ¡Quizá sea muy poco cortés criticar a quienes me han invitado! Si es así, espero que me perdone. Es algo muy confidencial entre usted y yo.

Al señor Jervis lo vi sólo una vez que vino a tomar el té, y no pude hablar con él a solas. No creo que le interesen mucho sus parientes y creo que ellos no tienen ninguna preocupación por él. La mamá de Julia opina que está un poco desequilibrado. Es socialista, pero por suerte no se deja crecer el pelo ni usa corbata roja. No puedo comprender de dónde ha sacado ideas tan originales, ya que toda la familia ha sido anglicana por muchas generaciones. Despilfarra su dinero en todo tipo de obras sociales en vez de gastarlo en yates, automóviles y caballos de polo. ¡Lo gasta en chocolates! ¡Nos envió sendas cajas a Julia y a mí para Navidad!

Creo que yo también seré socialista. Usted no tendría inconveniente, ¿verdad, papaíto? Son muy distintos de los anarquistas; porque no destruyen a la gente con bombas. Probablemente soy una socialista por derecho propio; pertenezco al proletariado. Lo que no he determinado aún es de qué tipo voy a ser. Me dedicaré a investigar el

tema el próximo domingo, y a declarar mis principios, el siguiente domingo.

He visto muchos teatros, hoteles y hermosas casas. Mi mente es una confusión horrible de ónix, dorados, pisos de mosaicos y palmeras. Todavía dura mi asombro y estoy contenta de estar de vuelta a mis libros y al *college*. Creo que en el fondo soy una estudiante; este ambiente de serenidad académica me resulta más atrayente que el de Nueva York. Me siento muy a gusto aquí; los libros, el estudio y la regularidad de las clases me mantienen mentalmente alerta, y cuando me canso tengo el gimnasio y los deportes al aire libre, y nunca faltan compañeras que comparten las mismas inquietudes. Pasamos toda una tarde conversando y nos vamos a dormir tranquilas, como si hubiéramos resuelto definitivamente algunos de los problemas urgentes de este mundo. Y siempre festejamos alguna broma o algún comentario gracioso de cosas que nos suceden. ¡Valoramos nuestro ingenio!

El secreto de la felicidad no está en los grandes acontecimientos sino en valorar todas las pequeñas cosas. He descubierto que el verdadero placer de la felicidad es vivir el presente. No pasarse la vida lamentando el pasado o anticipando el futuro, sino sacarle el goce máximo al preciso momento que vivimos. Bien, desde ahora yo voy a vivir intensamente. Muchas personas no viven, corren tratando de alcanzar algo que está muy lejos y en la carrera pierden de vista toda la belleza y la serenidad del camino que van dejando atrás. Y cuando llegan, se dan cuenta

de que son viejas y de que están cansadas y de que ya no les importa haber alcanzado la meta. Por mi parte, he decidido tomarlo con calma y atesorar todos los gratos momentos que se me presenten, aun a riesgo de no llegar a ser nunca la gran escritora con que sueño. ¿Se da cuenta en qué filósofa me estoy convirtiendo?

Suya, siempre,

Judy

Querido camarada:

¡Bravo! Soy socialista fabiana, es decir, que estoy dispuesta a esperar. No queremos que la revolución llegue inmediatamente, porque ocasionaría muchos trastornos. Queremos que progrese gradualmente para que todos estemos preparados.

Mientras tanto, crearemos institutos industriales y educacionales y asilos modelos para huérfanos.

Suya, con cariño fraternal,

Judy

11 de febrero

Querido P.P.L.:

No se ofenda porque esta carta es tan breve. En realidad, no es una carta; son unas líneas para decirle que le escribiré cuando termine los exámenes. No sólo necesito aprobar, tengo que sacar "excelentes" para defender mi beca.

Suya, estudiando mucho,

J. A.

5 de marzo

Querido Papaíto Piernas Largas:

El presidente del *college*, señor Cuyler, ha pronunciado esta tarde un discurso sobre la despreocupación y superficialidad de la nueva generación. Dice que estamos perdiendo los antiguos ideales de trabajo constante y estudio; y se nota especialmente en nuestra actitud irrespetuosa hacia las autoridades constituidas. No tratamos con deferencia a nuestro superiores.

¿Lo trato con demasiada confianza, papaíto? ¿Debo dirigirme a usted manteniendo las distancias? Sí, estoy segura de que debe ser así. Empezaré de nuevo...

Estimado señor:

Se alegrará de saber que he aprobado todos mis exámenes con éxito y estoy comenzando un nuevo semestre. Terminé con química, habiendo comenzado el curso de análisis cualitativo, e inicié el estudio de biología. Me aboco a esta asignatura con temor, porque disecaremos ranas y otros bichos. La semana pasada tuvimos una conferencia muy interesante sobre las ruinas romanas en el sur de Francia. Nunca había oído una exposición más ilustrativa del tema.

En la clase de literatura estamos leyendo *La abadía de Tintern*, de Wordsworth. Es una obra exquisita e ilustra los conceptos del panteísmo. El movimiento romántico, ejemplificado por poetas como Shelley, Byron, Keats y Wordsworth, me atrae mucho más que el periodo neoclásico

sico que lo precede. Y hablando de poesía, ¿leyó usted ese encantador poema de Tennyson titulado *Locksley Hall*?

Últimamente, asisto a clases de gimnasia con mucha regularidad, porque se está ensayando un nuevo sistema de disciplina, y no cumplir el reglamento nos acarrearía muchos inconvenientes. El gimnasio está equipado con una hermosa piscina. Mi compañera de cuarto, la señorita McBride, me ha regalado su traje de baño, porque se le ha encogido tanto que ya no lo puede usar más y voy a comenzar a aprender natación.

Hemos tenido un tiempo ideal: sol radiante con algunas nubes y unas pocas tormentas de nieve. Mis compañeras y yo disfrutamos de este agradable tiempo.

Esperando, mi estimado señor Smith, que al recibo de la presente se encuentre usted con buena salud, se despide, muy cordialmente,

Jerusa Abbott

24 de abril

Querido Papaíto:

¡Ha llegado la primavera! Si supiera lo hermoso que está el parque. Creo que podría venir a verlo por sí mismo. El señor Jervis estuvo el viernes pasado, pero eligió un momento poco propicio, porque Sallie, Julia y yo salíamos corriendo para alcanzar el tren. ¿Y adónde cree usted que íbamos? ¡A Princeton, a asistir a un baile y a un partido de pelota! No le pedí permiso para ir, porque

tenía el presentimiento de que su secretario iba a decir que no. Todo fue de lo más correcto; pedimos licencia en el colegio y la señora McBride nos acompañó como persona de respeto. Nos divertimos muchísimo, pero debo omitir detalles, porque son muchos y muy complicados.

Sábado

Me levanté antes del amanecer. El nohero nos despertó —éramos seis— y nos hicimos café muy cargado. Luego caminamos hasta la cima de la colina para presenciar la salida del sol. El sol casi nos gana, pero llegamos a tiempo.



Pensaba escribirle acerca de los brotes que acaban de aparecer en los árboles, del nuevo campo de atletismo, de la terrible lección de biología, de las nuevas canoas del lago, de Catalina Prentiss, que tiene neumonía, de un gatito de Angora que anduvo extraviado y que se alojó en el colegio durante dos semanas, hasta que lo denunció la mucama, y de mis vestidos nuevos —uno blanco, otro rosado y otro de

lunares azules—, pero tengo demasiado sueño. Siempre tengo alguna excusa.

Pero un *college* de niñas es un lugar muy activo, y terminamos rendidas al final del día. Especialmente si el día empieza al amanecer.

Afectuosamente,

Judy

15 de mayo

Querido Papaíto Piernas Largas:

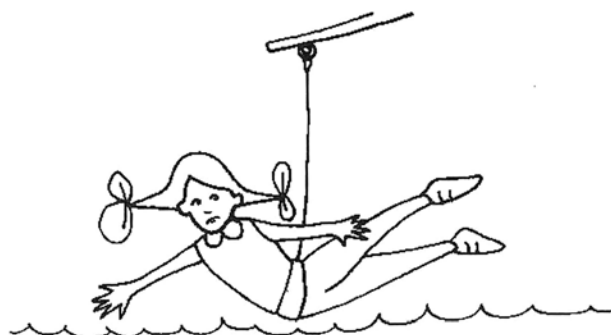
Una señora muy hermosa, con un precioso vestido de terciopelo se subió al bus en que yo iba y sin la mayor expresión en el rostro se quedó sentada durante un cuarto de hora con la vista fija en una propaganda de tiradores. No me parece cortés ignorar a todo el mundo, como si fuera la única persona importante. Se perdió muchas cosas. Mientras ella estaba absorta ante ese tonto aviso, yo me dediqué a estudiar a unos seres humanos muy interesantes.

La ilustración que va a continuación se reproduce por primera vez. Parece una araña colgando de un hilo, pero está equivocado: soy yo aprendiendo a nadar en la piscina del *college*.

La instructora engancha una cuerda en un anillo que tengo en el cinturón y la pasa por una polea que está en lo alto. Sería un sistema perfecto si confiara absolutamente en la habilidad de la instructora. Siempre tengo miedo de que afloje la cuerda, de modo que no le despego un ojo

mientras nado con el otro, y con mi atención repartida no progreso todo lo que debería.

El tiempo está muy inestable. Llovía cuando comencé esta carta y ahora brilla el sol. Sallie y yo jugaremos al tenis, eximiéndonos de esta manera de gimnasia.



Una semana después

¿Me perdona, papaíto, si no le escribo con mucha regularidad? Me encanta escribirle, porque me da la sensación de tener una familia. ¿Quiere que le cuente algo? No es usted el único hombre a quien escribo. ¡Hay otros dos! He estado recibiendo mucha correspondencia de Jervis con los sobres escritos a máquina, para que Julia no reconozca la letra. Y una vez por semana, aproximadamente, recibo una carta garabateada de Princeton. Y contesto con puntualidad. ¿Ve usted que no soy tan distinta de las otras jóvenes? Yo también recibo cartas.

¿Le conté que me eligieron para integrar la Asociación Teatral? Una organización muy exclusiva. Setenta y siete socias entre mil estudiantes. ¿Usted cree que una socialista consciente debe aceptar?

Estoy escribiendo un ensayo (*figurez-vous*) (figúrese usted) sobre el cuidado de los niños abandonados. El profesor echó a la suerte los temas y éste me tocó a mí. *C'est drôle ça, n'est pas?* (Es gracioso, ¿no le parece?)

Está sonando la campana de la comida. Echaré esta carta al pasar frente al buzón.

Afectuosamente,

J.

4 de junio

Querido Papaíto:

Estoy muy ocupada entre los exámenes de mañana y las vacaciones dentro de diez días: mucho que estudiar y maletas que hacer, y el campo está tan hermoso que da pena no poder salir.

Julia viaja a Europa este verano por cuarta vez. Sallie se va a Adirondacks. ¿Y qué cree usted que haré yo? ¿“Los Sauces”? No. ¿Adirondacks? No. (Nunca lo intentaría después de lo ocurrido el año pasado.) Se lo diré, si promete no oponerse. Le advierto a su secretario que mi decisión está tomada.

Voy a pasar el verano en la playa con la señora Paterson y prepararé a su hija, que ingresará a la universidad en otoño. Me la presentaron los McBride y es una mujer

encantadora. También daré lecciones a la hija menor y aún me quedará tiempo. Me pagarán cincuenta dólares mensuales. ¿No le parece una suma exorbitante? Me lo ofreció la señora. Yo no me hubiera atrevido a pedir más de veinticinco.

El primero de septiembre termino en “Las Magnolias” (ahí es donde viven) y es probable que pase en “Los Sauces” las tres semanas restantes. Me gustaría ver a los Semple otra vez y a todos los animalillos amigos.

¿Qué le parecen mis planes? Me he independizado. Usted me ayudó a dar mis primeros pasos y ahora ya camino sola.

Las fiestas en Princeton coinciden con nuestros exámenes. Sallie y yo pensábamos ir, pero ahora es completamente imposible.

Adiós, papaíto, espero que tenga un buen verano y que regrese para el otoño descansado y listo para un nuevo año de tra-bajo. No tengo idea de qué hace usted durante el verano o de qué modo se divierte. No puedo imaginarme el mundo en que se mueve. ¿Juega al golf, anda a caballo o se sienta a meditar al calor del sol?

Haga lo que haga, páselo bien y no se olvide de Judy.

10 de junio

Querido Papaíto:

Ésta es la carta más difícil que me ha tocado escribir, pero ya he decidido lo que voy a hacer y no hay vuelta atrás. Es muy generoso y bueno de su parte el querer

mandarme a Europa este verano. Por un momento me encantó la idea de viajar; pero pensándolo bien, debo decir que no. No debe usted acostumbrarme a tantos lujos. Convivir con Julia y Sallie es una dura prueba para mi filosofía estoica. Como a ellas nunca les ha faltado nada, aceptan la felicidad como la cosa más natural del mundo. En cambio, a mí no me debe nada y desde el principio se encargó de hacérmelo saber.

Me estoy ahogando en el mar de las metáforas; no obstante, espero que usted me comprenderá; en todo caso, tengo la firme convicción de que la única cosa honesta que me corresponde hacer es trabajar este verano y empezar a ganarme la vida.

“Las Magnolias”

Cuatro días más tarde.

Había llegado a ese punto de la carta y ¿qué cree usted que sucedió? Entró la mucama con una tarjeta de Jervis. Él también se va a Europa este verano. Le conté que usted me había invitado a ir con una señora, que acompaña a un grupo de jóvenes. Él sabe de usted, papaíto. Por lo menos sabe que mis padres están muertos y que un bondadoso señor me paga el *college*; no tuve el valor de contarle lo del asilo. Cree que usted es mi tutor y un antiguo amigo de la familia. Nunca le dije que no lo conozco, porque le parecería muy raro.

De todas maneras, él insistió en que fuera a Europa. Dijo que era muy necesario para mi educación y que no

debía rehusar. También me dijo que él estará en París en esa época y que podríamos escaparnos de mi chaperón y comer juntos en uno de esos pintorescos restaurantes.

Le aseguro, papaíto, que la idea me tentó. Estuve a punto de ceder; si no se hubiera puesto tan dictatorial talvez habría aceptado. Sé escuchar razones, pero no me gustan las imposiciones. Me dijo tonta, aturdida, irracional, empecinada, terca y que, además, no sabía lo que me convenía y que debía dejarme guiar por los consejos de las personas mayores. Terminamos peleándonos, no sé si definitivamente.

De cualquier modo, hice mi baúl y me vine aquí. Me pareció quemar mis naves antes de escribirle a usted. Aquí estoy en "Cliff Top" (el nombre de la residencia de la señora Paterson), con mi baúl deshecho y Florencia, la menor, luchando con la gramática. Y no exagero cuando hablo de lucha, porque la niña está increíblemente malcriada y tendré que empezar por enseñarle a estudiar.

Instalamos nuestra sala en un rincón de los acantilados, y debo confesarle que me resulta difícil concentrarme con el mar azul frente a mí y mirando cómo pasan los barcos. Pero no permitiré que mi atención se aleje de la gramática latina.

Estoy sumergida en mi trabajo y luchando contra la tentación.

Por favor, no esté enojado conmigo y no piense que no aprecio su bondad, porque sí la aprecio. El único modo como pueda alguna vez retribuirle es convirtiéndome en

una buena ciudadana útil. Y entonces usted podrá decir, "yo fui quien dio esta persona útil al mundo".

Es entretenido planear lo que se hará en la vida, pero lo probable es que termine casándose con un empresario de pompas fúnebres.

Suya, siempre,

Judy

19 de agosto

Querido Papaíto Piernas Largas:

Desde mi ventana se disfruta el paisaje más hermoso que pueda imaginarse: sólo mar y rocas.

El verano se va. Paso las mañanas con el latín, la literatura y el álgebra y mis dos obtusas alumnas. No sé si Marion podrá entrar a la universidad y, si entra, cómo hará para mantenerse allí. Y Florencia es desesperante, pero ¡tan bonita! Supongo que no tiene importancia el hecho de ser o no inteligente, siendo hermosa. Pero no puedo dejar de pensar en el aburrimiento de sus maridos, a menos que tengan la dicha de casarse con hombres del mismo nivel intelectual, lo cual no es difícil, porque este verano he tenido oportunidad de conocer a unos cuantos.

Recibí una carta del señor Jervis Pendleton, de París, breve y concisa. Aún no me ha perdonado. Sin embargo, si vuelve a tiempo pasaremos unos días juntos en "Los Sauces", antes de volver a clases; y si soy amable, dulce y dócil, podré recuperar su amistad.

También, una carta de Sallie, que quiere que vaya al campamento por dos semanas en setiembre. ¿Debo pedirle permiso o ha llegado el momento de tomar mis propias decisiones? Sí, estoy segura de que puedo aceptar. Ha trabajado todo el verano y me hace falta un descanso. Quiero conocer Adirondacks y volver a ver a Sallie y a su hermano —me va a enseñar a manejar una canoa— y (aquí llegamos al motivo principal, que es bastante mezquino) quiero que cuando Jervis llegue a “Los Sauces” no me encuentre.

Le demostraré que no puede darme órdenes. Nadie me puede mandar, papaíto, excepto usted. Y no siempre. Parto para los bosques.

*Campamento de los McBride.
5 de septiembre*

Querido Papaíto:

Me alegro de que su carta no llegara a tiempo. Si usted quiere que siga sus instrucciones, su secretario debe enviarlas con la debida anticipación. Como se dará cuenta, hace cinco días que estoy aquí.

Los bosques son maravillosos y también el campamento, el tiempo, los McBride y todo el mundo. ¡Soy muy feliz!

Oigo que me llama Jimmie para salir a remar. Adiós. Lamento haberlo desobedecido, pero, ¿por qué insiste usted en negarme unos momentos de diversión? Si trabajé todo el verano, creo que merezco dos semanas de vacaciones. Es usted demasiado autoritario.

Sin embargo, lo quiero mucho, papaíto, a pesar de todos sus defectos.

Judy

3 de octubre

Querido Papaíto Piernas Largas:

Estoy de vuelta en el *college* y en el último año. Además, soy editora del *Mensual*. ¿No es cierto que parece imposible que una persona tan importante haya sido huésped del Asilo para Huérfanos John Grier cuatro años atrás? ¿Es fácil triunfar en América!

¿Qué piensa usted de esto? Recibí una nota de Jervis dirigida a “Los Sauces”. Me dice que siente no poder ir allí este otoño, porque ha aceptado una invitación para navegar en el yate de unos amigos. Desea que haya pasado un buen verano y que disfrute del campo.

Sin embargo, sabía muy bien que yo estaba con los McBride, porque Julia se lo dijo. Decididamente, los hombres no tienen habilidad para la intriga; es un arte que deberían dejar a las mujeres.

Julia tiene un baúl lleno de la ropa más deslumbrante, un traje de fiesta con los colores del arco iris, digno de los ángeles del cielo. ¡Y yo que creía que los míos eran maravillosos! Copié el guardarropa de la señora Paterson con la ayuda de una modista muy económica, y estaba contentísima, hasta que Julia abrió su baúl. Pero ahora ¡no quiero morir sin visitar París!

Querido papaíto, ¿no está usted feliz de no ser mujer?

Supongo que usted piensa que la preocupación que les damos a los vestidos es exagerada. Lo es; no hay duda, pero ustedes tienen la culpa.

¿Escuchó usted la historia del sabio profesor que despreciaba todo adorno innecesario y estaba a favor de una ropa útil para las mujeres? Su esposa, que era una criatura dócil, adoptó “la línea reformista”. ¿Y qué cree usted que sucedió? El marido se escapó con una corista.

Suya, siempre,

Judy

17 de noviembre

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡Qué fracaso en mi carrera literaria! No sé si contárselo o no. Pero necesito que me compadezca en silencio, por favor; no reabra mi herida tocando el tema en su próxima carta.

He estado escribiendo un libro por las noches, el invierno pasado y todo este verano. Lo terminé antes de que empezaran las clases y lo envié a un editor. Transcurrieron dos meses y estaba segura de que lo había aceptado; pero ayer por la mañana llegó un paquete y estaba con una carta del editor, muy amable, paternal y franca! Me dice que, si lo permito, me aconsejará que me concentre en mis estudios y que espere hasta terminar mi carrera antes de comenzar a escribir. Adjuntaba la opinión de su crítico: “Argumento inverosímil. Caracteres exagerados. Diálogos forzados. Bastante humor, pero no siempre de buen gusto. Tiene condiciones para escribir algo bueno si continúa perseverando”.

¡Y yo que creía haber hecho un valioso aporte a la literatura! Me inspiré mientras estaba en casa de Julia, la Navidad pasada. Acepto que el editor tiene razón.

Luego me acosté muy deprimida. Pero esta mañana desperté con un hermoso argumento en mi cabeza y he andado todo el día elaborando mis personajes. ¡Nadie podrá acusarme de ser pesimista! Si tuviera un marido y doce hijos y un día se los tragara un terremoto, me levantaré al siguiente con nuevas ideas para un futuro hogar.

Afectuosamente,

Judy

14 de diciembre

Querido Papaíto Piernas Largas:

Anoche tuve un sueño muy extraño. Soñé que entraba a una librería y el empleado traía un libro recién aparecido: *Vida y correspondencia de Judy Abbott*. Pude distinguir claramente la encuadernación roja con una reproducción del asilo en la tapa y mi retrato en la portada, y “siempre suya, Judy Abbott.” Pero cuando iba a leer la lápida de mi tumba, desperté. ¡Qué decepción! Casi supe con quién me casaría y cuándo voy a morir.

¿No le parece a usted que sería interesante que pudiéramos leer la historia de nuestra vida? Y suponga que le impusieran esta condición: no podrá nunca olvidarla. Nuestra vida transcurriría sabiendo de antemano cómo sucederían las cosas. ¿Cuántas personas tendrían el valor de llegar al final?, o ¿cuántos podrían dominar su curiosidad

pagando el precio de vivir con sorpresas y con esperanzas?

La vida ya es bastante monótona. Uno tiene que comer y dormir tan a menudo, pero imagínese lo mortalmente monótono que sería no esperar nada inesperado.

¿ Cree usted en el libre albedrío? Yo sí. No estoy de acuerdo con los filósofos que piensan que toda acción es absolutamente inevitable y consecuencia de la acumulación de causas remotas. Ésta es la doctrina más inmoral que he escuchado; nadie es culpable de nada. Un fatalista se sienta en una silla y dice “que se haga la voluntad del Señor”, y continúa sentado hasta caer muerto.

Creo absolutamente en mi libertad. Creo que ésta es la única creencia capaz de mover las montañas. Y lo estoy aplicando en mi nuevo libro, tengo listos cuatro capítulos y dos en borrador.

Esta carta está muy difícil de comprender. ¿No le duele la cabeza, papaíto? Creo que llegaré hasta aquí y me iré a preparar una torta. Siento no poder enviarle un pedazo.

Suya, afectuosamente,

Judy

P.D. Estamos aprendiendo danzas clásicas en la clase de gimnasia. Le adjunto dibujo. La de la derecha soy yo.



26 de diciembre

Mi querido, querido Papaíto:

¿Acaso perdió el sentido de la proporción? ¿No sabe usted que no se puede mandarle diecisiete regalos de Navidad a una misma joven? No se olvide que soy socialista. ¿Quiere que me convierta en una plutócrata?

¿Se imagina lo incómodo que sería si nos peleásemos? ¿Tendría que contratar un camión para devolver todos sus regalos!

Lamento que la bufanda que le mandé estuviera tan dispereja; se habrá dado cuenta de que la tejí con mis propias manos. Tendrá que usarla en días muy fríos y con el abrigo abotonado hasta arriba.

¡Gracias, papaíto, mil veces gracias! ¡Creo que es usted el hombre más bondadoso que jamás ha existido, y el más exagerado!

Judy

9 de enero

¿Quiere hacer algo, papaíto, que le asegure la salvación eterna? Hay aquí una familia que está en situación desesperada. Una madre, un padre y cuatro hijos (los dos mayores se fueron a buscar fortuna, pero no se ha sabido más de ellos). El padre trabaja en una fábrica de vidrios y contrajo tuberculosis; ahora está en el hospital y la enfermedad ha consumido todos sus ahorros. La hija mayor, de veinticuatro años, trabaja de modista, y como su salario es muy bajo se pasa las noches bordando. La madre es débil. Es muy devota e inútil, de modo que se sienta con los brazos cruzados, como la imagen viva de la resignación, mientras

la hija se mata trabajando y está llena de preocupaciones, porque no sabe cómo podrá pasar el resto del invierno. Y yo no lo sé tampoco. Con cien dólares podrían comprar un poco de carbón y zapatos para los tres chicos, dándoles un pequeño margen para que la muchacha no se desespere cuando pase algunos días sin encontrar trabajo.

Usted es el hombre más rico que conozco. ¿Puede usted disponer de esa cantidad? Esta joven los necesita y merece más ayuda de la que yo necesité nunca. Se lo pido sólo por ella. No siento lo que pueda ocurrirle a la madre, porque ¡es tan indiferente!

¿Qué sentido tiene elevar los ojos al cielo y repetir, “quizá sea todo para bien” cuando sabe perfectamente que no es así? Me enfurece su actitud.

La lección de filosofía que estoy preparando es extenuante; Schopenhauer entero para mañana. El profesor no parece darse cuenta de que tenemos otras materias que estudiar. Es hombre muy curioso; anda con la cabeza en las nubes y, cuando toca tierra, pestañea como deslumbrado. Trata de amenizar sus clases con algún chiste y nosotras tratamos de sonreír, pero le aseguro que sus chistes no son nada de graciosos. Se pasa toda la clase tratando de entender si la materia existe o si sólo él cree que existe.

¿Dónde cree usted que está mi nueva novela? En el canasto de los papeles. Me di cuenta de que no vale nada y cuando el mismo autor llega a esa conclusión, no puede esperar que la crítica del público sea menos exigente.

Más tarde.

Le escribo, papaíto, desde mi lecho de dolor. He estado en cama dos días con amigdalitis. “¿En qué pensaban sus padres que no le sacaron las amígdalas cuando era niña?”, preguntó el doctor. No tengo la menor idea, pero dudo que pensarán mucho en mí.

Suya,

J. A.

12 de enero

Querido Señor Filántropo:

Ayer llegó su cheque para mis protegidos. ¡Se lo agradezco tanto! Decidí faltar al gimnasio y llevárselo enseguida de almorzar. ¡Hubiera visto la cara de la joven! Estaba tan sorprendida, feliz y aliviada que me pareció casi joven; ¡y tiene solamente veinticuatro años! ¡Qué lástima!

En fin, parece que la suerte está de su lado, porque le han encargado un ajuar de novia, con lo que tendrá trabajo para dos meses.

—¡Agradezco al buen Dios! —exclamó la madre, cuando se dio cuenta de que el papelito equivalía a dólares.

—¡No fue Dios! —dije yo—. ¡Fue Papaíto Piernas Largas! (Lo llamé señor Smith.)

—Pero fue por inspiración divina —me respondió.

—¡De ninguna manera! ¡Se lo sugerí yo! —dije.

Pero de todos modos, papaíto, confío que el Señor lo



recompense adecuadamente. Tiene que quitarle, por lo menos, diez mil años de purgatorio.

Suya, muy agradecida,

Judy Abbott

15 de febrero

A Nuestra Muy Serena Majestad:

Esta mañana desayuné con pastel de pavo y ganso, y pedí una taza de té (una bebida china) que nunca había probado.

No se ponga nervioso, papaíto, no me he vuelto loca. Sólo estoy citando a Samuel Pepys, cuyo *Diario* leemos como parte del curso de historia inglesa, y en el lenguaje original de la época. Sallie, Julia y yo, conversando como en 1660. Escuche esto:

“Fui a Charing Cross para ver colgar y descuartizar al mayor Harrison; estaba tan alegre como se puede esperar de un hombre en su condición.” Y esto: “Cené con mi señora, que vestía elegante traje de luto por su hermano que murió ayer de viruela”.

Parece un poco prematura esta invitación, ¿verdad? Un amigo de Pepys inventó una manera muy ingeniosa para que el rey pudiera pagar sus deudas, que consistía en vender a los pobres alimentos en avanzado estado de descomposición. ¿Qué opina usted de esto, como benefactor? Creo que los diarios exageran cuando nos encuentran tantos defectos.

Samuel se preocupaba más por sus ropas que cualquier mujer; gastaba cinco veces más que su esposa. Parece haber sido la edad de oro de los maridos. ¿Y qué le parece este comentario?

“Hoy llegué a casa con mi capa nueva con botones de oro, que me costó mucho dinero y ruego al cielo que pueda pagarla.”

Perdóneme que le dedique tanto espacio a Pepys; pero estoy escribiendo un ensayo sobre él.

¿Qué opina usted, papaíto? Nuestra “Asociación de Autogobierno” ha abolido el reglamento que obligaba a apagar las luces a las diez de la noche. Podemos quedarnos con la luz encendida toda la noche, siempre que no molestemos el descanso de los demás, ni invitar a demasiadas amigas a nuestros cuartos. Ahora que podemos quedarnos levantadas, empezamos a cabecear y a las nueve y media se nos cae el lápiz de la mano. Son las nueve y media. Buenas noches.

Domingo

Acabo de volver de la iglesia. El predicador era de Georgia. Nos dijo que debemos cuidar nuestro intelecto a costa de nuestros sentimientos. “Fue un sermón pobre

y árido” (otra vez palabras de Pepys). Lo cierto es que siempre nos dicen el mismo sermón, de cualquier parte de los Estados Unidos o del Cánada que venga el predicador, y cualquiera sea la religión a la que pertenezca.

Hace un día precioso y Sallie, Julia, Marty Keene, Leonor Pratt y yo nos iremos caminando hasta la granja “Fuente cristalina” y cenaremos pollo frito. Después el señor granjero nos traerá de vuelta en su carreta. Tendríamos que estar a las siete, pero pensamos estirar algo este plazo hasta las ocho.

Adiós, mi estimado señor.

Tengo el honor de declararme su más leal, consecuente, fiel y obediente servidora.

J. Abbott

Querido Señor Tutor:

Mañana es el primer miércoles del mes, un día agobiador para el Asilo para Huérfanos John Grier. ¡Qué alivio van a sentir cuando lleguen las cinco, acaricien las cabezas y se marchen! ¿Me acarició usted alguna vez la cabeza? A mi memoria sólo acuden tutores gordos. Déle de mi parte muchos cariños al asilo, lo digo sinceramente. Eso es lo que siento después de cuatro años. Cuando llegué por primera vez al *college* estaba muy resentida por no haber tenido una infancia normal como las otras niñas; pero ahora he cambiado de opinión y lo veo como una aventura excepcional que me da una posición ventajosa para mirar la vida.

Conozco a muchas jóvenes (Julia, por ejemplo) que no saben que son felices. Están tan acostumbradas a no necesitar

nada, que ya no saben valorar semejante privilegio. En cambio, yo disfruto plenamente cada instante de felicidad. Y seguiré haciéndolo, aunque me ocurran cosas desagradables. Las aceptaré como experiencias por las cuales tengo que pasar.

Sin embargo, papaíto, si llego a tener cinco hijos, como Rousseau, le aseguro que no los dejaré en ningún umbral de asilo para que los críen con sencillez.

Dé mis sinceros recuerdos a la señorita Lippett (decir “cariños” no sería verdad) y no olvide decirle cuánto he desarrollado mi carácter.

Afectuosamente,

Judy

“Los Sauces”, 14 de abril

Querido Papaíto:

¿Se ha fijado usted en el remitente? Sallie y yo estamos adornando “Los Sauces” con nuestra presencia durante las vacaciones de Pascua. Decidimos que era lo mejor que podíamos hacer en estos diez días. Teníamos los nervios destrozados y ya no podíamos soportar otra comida en el *college*. Sentarse en el comedor con cuatrocientas estudiantes es una prueba difícil de soportar cuando se está muy cansada.

Trepamos las colinas y leemos, escribimos y descansamos. Esta mañana llegamos a la cima de la Sky Hill¹, donde una vez Jervis y yo estuvimos un día; no parece posible que hayan transcurrido ya dos años. Aún se ve el lugar ennegrecido por el fuego sobre la roca. Es extraño cómo algunos sitios quedan asociados con ciertas personas y

no se puede volver sin dejar de pensar en ellos. Me sentí muy sola sin él, por dos minutos.

¿Cuál cree usted que es mi última actividad? Estoy escribiendo un libro. Lo empecé hace tres semanas y voy a gran velocidad. He descubierto el secreto. Jervis y el editor tenían razón; se es más convincente cuando se escribe sobre lo que uno conoce a fondo. Y esta vez estoy escribiendo de un tema que conozco bien: el Asilo para Huérfanos John Grier. Todo sobre las pequeñas cosas que sucedían todos los días. Me he puesto realista y he abandonado el romanticismo.

Pienso terminarlo y publicarlo. Ya lo verá. Cuando se desea mucho una cosa y uno no se da por vencido, se acaba por obtenerla. Hace cuatro años que espero una carta suya y todavía no pierdo las esperanzas.

Adiós, papaíto querido.

Cariñosamente,

Judy

P.D. Me olvidaba darle noticias de la granja, pero son todas tristes.

Ha muerto el pobre *Grover*. Ya no podía masticar la hierba y lo mataron de un tiro.

Una de las vacas está enferma y tuvimos que llamar al veterinario del pueblo. Amasai no durmió en toda la noche para darle su dosis de aceite de linaza y whisky. Pero sospechamos que la vaca no bebió más que el aceite.

Tommy, el gato manchado, ha desaparecido, y tememos que haya caído en una trampa.

¡No faltan problemas en el mundo!

17 de mayo

Querido Papaíto Piernas Largas:

Ésta será muy breve, porque me duele la espalda con sólo ver una pluma. Tomar apuntes por la mañana, inmortal novela por la noche; escribo demasiado.

La graduación se realizará el próximo miércoles. Creo que es la ocasión para conocerme. ¡Lo odiaré si no viene! Julia ha invitado al tío Jervis como representante de la familia y Sallie ha invitado a Jimmie para representar a su familia, pero ¿a quién puedo invitar yo? Sólo a usted y a la señorita Lippett, y no quiero que sea ella. No deje de venir, por favor.

Suya, con afecto y la mano acalambrada,

Judy

“Los Sauces, 19 de junio

Querido Papaíto Piernas Largas:

¡He terminado el *college*! Tengo mi diploma en el fondo del cajón de la cómoda con mis dos mejores vestidos. La entrega de diplomas estuvo, como de costumbre, con algunos chaparrones. Gracias por sus rosas. También Jervis y Jimmie lo hicieron, pero las dejé en mi cuarto mientras que las tuyas me acompañaron durante todo el acto y en el desfile de despedida.

Vine a “Los Sauces” a pasar el verano, quizá para siempre. La pensión es barata, y los alrededores, tranquilos y apropiados para dedicarme a la literatura. ¿Qué más necesita una escritora? Estoy loca con mi libro. Todo lo

que pido es paz y tranquilidad, tiempo para trabajar y algunas comidas nutritivas.

Jervis vendrá a pasar una semana en agosto y Jimmie McBride llegará en cualquier momento. Está trabajando con unos corredores de la bolsa y recorre el país vendiendo acciones a los bancos.

Como usted ve, "Los Sauces" tendrá que desarrollar una activa vida social. Algunas veces me hago ilusiones de que usted pasará en automóvil por aquí, aunque sé que es una vana esperanza. Cuando usted no asistió a mi graduación, lo desterré de mi corazón para siempre.

Judy Abbott
Licenciada

24 de julio

Mi muy querido Papaíto Piernas Largas:

¡Es muy divertido trabajar! ¿Lo hace usted alguna vez? Especialmente cuando se trata de un trabajo que uno no abandonaría por nada del mundo. He escrito tan rápido como mi pluma es capaz de hacerlo durante cada día de este verano. Y mi única queja contra la vida es que los días son demasiado cortos para escribir todos los pensamientos bellos, valiosos y divertidos que se me ocurren.

Terminé la segunda parte de mi libro y mañana voy empezar con la tercera. Es el libro más tierno que se haya escrito nunca. Me molesta perder tiempo en vestirme y desayunarme por la mañana, antes de comenzar. Y en-

tonces escribo, escribo, escribo hasta que estoy cansada. Salgo entonces al campo con *Colin* (nuestro nuevo perro ovejero) y voy juntando nuevas ideas para el día siguiente. Es el libro más hermoso (perdón, ya lo dije).

¿Me considera vanidosa, papaíto querido?

En realidad, no lo soy, sólo que estoy pasando una etapa de entusiasmo. Puede ser que más tarde me ponga fría, crítica y distante. ¡No, va a ser imposible! Esta vez he escrito un verdadero libro. Espere a verlo.

Intentaré cambiar de tema. ¿Le conté que Amasai y Carrie se casaron en mayo? Siguen trabajando aquí, pero, por lo que puedo darme cuenta, el matrimonio los ha echado a perder. Antes ella se reía cuando él se metía en el barro o arrojaba la ceniza al piso, pero ahora ¡tendría que oírla protestar! Y ya no se ondula el cabello. Amasai, que tenía tan buena voluntad para sacudir las alfombras o acarrear leña, ahora gruñe ante la sola sugerencia. Sus corbatas son negras o café, en lugar de rojas o violeta, como las usaba antes. He decidido no casarme nunca, porque el matrimonio es un proceso que deteriora. Como usted ve, estoy establecida definitivamente en "Los Sauces". He decidido quedarme hasta que escriba ciento catorce novelas, como la madre de Anthony Trollope. Entonces habré terminado el trabajo y me iré a viajar.

El señor McBride pasó el domingo con nosotros. Comimos pollo asado y helados y dijo que estaban muy ricos. Me alegré mucho de verlo; y me recordó que el mundo existe fuera de "Los Sauces". Al pobre Jimmie no parece irle muy bien en la venta de bonos. Creo que terminará por irse a su casa a

trabajar con su padre en la fábrica. Es demasiado franco y confiado para llegar a ser un buen financista. Pero la gerencia de una fábrica no deja de ser atractiva, ¿no es verdad? Por el momento no le atrae la idea, pero cambiará con el tiempo.

Espero que valore la magnitud de esta carta, sobre todo si quien la escribe padece de calambres. No he dejado de quererlo, papaíto querido, y soy muy feliz. Con este hermoso paisaje, comida en abundancia, una cama mullida, una resma de papel y medio litro de tinta, ¿qué otra cosa podría desear?

Suya como siempre,

Judy

27 de agosto

Querido Papaíto Piernas Largas:

¿Dónde estará usted?, me pregunto. ¡Ojalá nos conociéramos, papaíto! Así cuando nos sintiéramos desdichados podríamos consolarnos mutuamente.

No creo que pueda soportar “Los Sauces” por mucho tiempo. Estoy pensando en cambiarme. Sallie va a instalarse en Boston el próximo año y quizá podríamos compartir un departamento. Y aunque trabajáramos durante el día, por la noche estaríamos juntas. Los días son tan largos cuando no hay nadie con quien conversar más que con los Semple, con Carrie o con Amasai. Estoy segura de que no le gustará mi idea de ir a Boston. Desde ya adivino la carta de su secretario:

“Señorita Jerusa Abbott.

”Estimada señorita:

”El señor Smith prefiere que usted permanezca en ‘Los Sauces’.

”Sinceramente suyo.

”Elmer H. Griggs”

Odio a su secretario. Estoy segura de que un hombre que se llame Elmer H. Griggs debe ser horrendo. Pero en verdad, papaíto, tengo que irme a Boston. No puedo quedarme aquí. Si no pasa algo pronto, me arrojaré al pozo del asilo de pura desesperación.

¡Es terrible el calor! Todo el pasto está quemado, los arroyos secos y los caminos polvorientos. Han pasado semanas sin llover. Esta carta da la sensación de que yo padeciera de hidrofobia, pero no es así. Me hace falta una familia.

Adiós, mi muy querido papaíto. ¡Cómo me gustaría conocerlo!

Judy

“Los Sauces”, 19 de septiembre

Querido Papaíto:

Algo ha pasado y necesito su consejo. Y lo necesito de usted y de nadie más en el mundo. ¿Sería posible que nos viéramos? Es tanto más fácil hablar que escribir. Y además temo que su secretario abra la carta.

Judy

P.D. Me siento muy desdichada.

"Los Sauces", 3 de octubre

Querido Papaíto Piernas Largas:

Llegó esta mañana una nota escrita por su propia mano, aunque temblorosa. Siento mucho que esté usted enfermo. De haberlo sabido, no lo hubiera molestado con mis problemas.

Antes de empezar, he ahí un cheque de mil dólares. Parece extraño, ¿verdad?, que yo le envíe un cheque a usted. ¿Cómo cree usted que obtuve esa suma?

Vendí mi novela, papaíto, y la van a publicar en una serie de siete partes y, finalmente, en un libro. Usted creará que estoy loca de alegría, pero no. La noticia la recibí con toda tranquilidad. De lo que estoy contenta es de que comenzaré a pagarle. Aún le debo otros dos mil; se los iré pagando en cuotas. Por favor, acepte este cheque, porque me hace muy feliz poder devolver algo de lo que le debo. Pero mi deuda con usted va más allá del dinero y continuaré pagando toda mi vida con gratitud y cariño.

Y ahora, papaíto, respecto a otro asunto, le ruego darme el consejo que usted crea que es el mejor para mí y no tome en cuenta para nada mis sentimientos.

Usted sabe que yo siempre le he tenido un cariño especial, ya que representa a toda mi familia; ¿no le parecerá mal, papaíto, si le digo que tengo un sentimiento mucho más profundo por otro hombre? No le costará adivinar quién es. Sospecho que en mis cartas me he referido con frecuencia a Jervis Pendleton.

Desearía hacerle comprender cómo es y lo bien que nos entendemos. Pensamos lo mismo en todo y me temo que tengo la tendencia a aceptar de mi parte lo que dice. Pero realmente tiene razón en la mayoría de los casos. Lo cual no es difícil de explicar, ya que me lleva catorce años. Pero en algunas cosas es un niño grande y necesita que lo cuiden: se olvida de ponerse los zapatos de goma cuando llueve. A los dos nos hacen gracia las mismas cosas; es terrible cuando dos personas discrepan en el humor. No hay nada que pueda cerrar semejante abismo.

Además, es..., bueno, es él; lo extraño tremendamente. Todo el mundo me parece vacío y doloroso. Odio las noches de luna, porque son hermosas y él no está a mi lado para compartirlas. Pero tal vez usted ha estado enamorado y sabe lo que significa. Si no lo ha estado, no puedo explicárselo.

¡Y me negué a casarme con él a pesar de todo mi cariño!

No le dije por qué, me quedé muda y me sentí muy desdichada. ¡Y ahora se ha ido creyendo que me quiero casar con Jimmie McBride!

Surgió este equívoco y creo que los dos nos dijimos cosas hirientes. Lo rechacé, no porque no lo quisiera, sino porque lo quiero demasiado. Temí que pudiera arrepentirse algún día, y eso no lo podría soportar. Una persona sin antecedentes como yo no debería ingresar nunca en una familia como la suya. Nunca le mencioné el asilo de huérfanos, y detesto explicar mi incierto origen. Su familia es orgullosa, ¡y yo también lo soy!

Además, tengo un compromiso con usted. Usted cree que yo puedo llegar a ser escritora y pienso que por lo menos debo intentarlo. No sería justo que aceptara su educación y no la utilizase. Aunque ahora he podido devolverle una parte del dinero que ha invertido, me siento un poco liberada y hasta creo que podría escribir aunque me casara. Las dos profesiones no son necesariamente incompatibles.

Quizás cuando dos personas están siempre de acuerdo, siempre felices cuando están juntas y tristes cuando se separan, no deberían permitir que nada en el mundo los separara. Pero es-to es lo que yo quiero creer y por eso recurro a una opinión de-sapasionada como la suya. Usted pertenece también a una familia igual a él y por eso me interesa lo que usted me aconseje.

Suponga que le explico que la dificultad no es Jimmie, sino el Asilo para Huérfanos John Grier; no sé si tendría valor para hacerlo. ¿Preferiría ser desgraciada el resto de mi vida!

Hace dos meses que sucedió todo esto. Y no he vuelto a tener noticias. Ya me estaba acostumbrando a vivir con el corazón despedazado, cuando recibí una carta de Julia. No podría dejar de conmoverme con lo que me contaba, casi al pasar, que el tío Jervie fue sorprendido por una tormenta cuando cazaba en Canadá y que está con una fuerte pulmonía. ¡Y yo que me sentía herida porque había desaparecido sin mandarme una sola línea! Pienso que debe estar sufriendo; tanto como yo.

¿Qué me aconseja usted?

Judy

6 de octubre

Queridísimo Papaíto Piernas Largas:

Sí, por supuesto que iré a las cuatro y media en punto el próximo miércoles. No tendré ningún problema en llegar. He estado en Nueva York tres veces y ya no soy una niña. No puedo convencerme de que realmente lo voy a conocer. He pensado tanto en usted que me cuesta imaginar que sea una persona tangible de carne y hueso.

No sé cómo agradecer su bondad, papaíto, de preocuparse de mí cuando no se siente bien. Cuídese y no vaya a tomar frío. Estos días lluviosos son muy húmedos.

Cariñosamente,

Judy

P. D. Se me acaba de ocurrir algo horrible. ¿Tiene usted mayordomo? Los mayordomos me dan mucho miedo y si me abre la puerta uno de ellos me desmayaré en el umbral. ¿Qué le diré? Usted no me ha dicho su nombre. ¿Preguntaré por el señor Smith?

Jueves por la mañana

Mi muy querido Jervie-Papaíto Piernas Largas-Pendleton-Smith:

¿Dormiste bien anoche? Yo no pude pegar los ojos. Estaba demasiado sorprendida, emocionada y feliz. Creo que nunca volveré a dormir nuevamente, ni a comer. Mas espero que tú hayas dormido, para que te puedas mejorar pronto y venir a reunirme conmigo.

Querido mío, cuando el doctor me acompañó hasta el coche, me dijo que durante tres días estuviste luchando por subsistir. Mi Jervie, si algo te hubiera ocurrido, la luz del mundo habría desaparecido para mí. Supongo que en un futuro muy lejano tendremos que separarnos; pero entonces habremos disfrutado de nuestra felicidad y tendremos recuerdos que nos ayudarán a seguir viviendo.

El temor de que algo pueda pasarte cae como una sombra en mi corazón. Antes podía ser frívola, despreocupada e indiferente, porque no tenía nada precioso que perder. Pero de hoy en adelante viviré atormentada por todas las cosas que puedan amenazar tu seguridad. Pensaré en todos los automóviles que pueden atropellarte, en los letreros que te pueden caer en la cabeza y en todos los microbios que puedas tragarte. Mi paz ha desaparecido para siempre; de todos modos, nunca me importó tener paz.

Por favor, mejórate rápido, rápido. Quiero verte todos los días y leerte en voz alta y acomodarte las almohadas y alisarte esas arrugas de la frente y hacerte sonreír con esa alegre sonrisa que tienes. Aunque creo que ahora estás alegre de nuevo. Ayer parecías diez años más joven. Espero que estar enamorado no quite a todo el mundo diez años. ¿Me querrías lo mismo, si aparentara sólo once años?

Ayer fue el día más maravilloso de mi vida. La muchacha que salió de “Los Sauces” de madrugada era una persona muy diferente a la que llegó en la noche. Me levanté en la oscuridad y el primer pensamiento que vino a mi cabeza fue: “Voy a conocer a Papaíto Piernas Largas”; me invadía

un sentimiento de seguridad. Tenía tanta fe en su habilidad para arreglar las cosas. Y sabía que otro hombre —más querido que papaíto— ansiaba verme y presentía que antes que terminara el viaje lo iba a ver a él también.

Cuando llegué a la casa de la Avenida Madison, me di vuelta para armarme de valor. Pero no tenía por qué tener miedo. Tu mayordomo, que es un anciano muy paternal y simpático, me puso cómoda enseguida.

—¿Es usted la señorita Abbott? —me preguntó.

—Sí —le dije, sin tener que mencionar al señor Smith. Me hizo esperar en una habitación magnífica y sombría, muy masculina. Sentada en un borde del gran sillón, no podía cesar de repetir: “¡Voy a ver a Papaíto Piernas Largas! ¡Voy a ver a Papaíto Piernas Largas!”

Luego, el mayordomo volvió y me pidió que lo acompañara a la biblioteca. Estaba tan nerviosa que mis piernas apenas podían sostenerme. Antes de abrir la puerta, se dio vuelta y murmuró:

—Ha estado muy enfermo, señorita. Es el primer día que le permiten levantarse. No conviene que usted se quede mucho tiempo.

Por la manera como lo dijo me di cuenta cuánto te quería, y pensé que era un anciano encantador.

Entonces golpeó y dijo:

—La señorita Abbott —y en cuanto entré, cerró la puerta tras de mí.

La luz era tenue, no pude distinguir nada en el primer momento; por fin vi un gran sillón junto al fuego. Y me

di cuenta de que en el sillón había un hombre con una manta sobre las rodillas. Antes que pudiera detenerlo, se levantó un poco tembloroso, se afirmó en el respaldo del sofá. Me miró sin decir una palabra. Y entonces, te vi. Creí que papaíto te había hecho venir para darme una sorpresa.

Luego te reíste y, alargando la mano, dijiste:

—Mi pequeña Judy, ¿no pudiste adivinar que era yo Papaíto Piernas Largas?

En un instante comprendí todo. ¡Qué tonta he sido! Miles de detalles me lo hubieran dicho, si hubiera tenido un poco de perspicacia. No serviría para detective, ¿no es cierto, papaíto? ¿Cómo debo llamarte? ¿Jervie? Aún no me atrevo a llamarte así.

Fue una media hora muy feliz antes que viniera el doctor y me hiciera salir. Estaba tan confundida cuando llegué a la estación que casi subo al tren para Saint Louis.

Cuando llegué a “Los Sauces” era ya de noche, pero, ¡cómo brillaban las estrellas! Y esta mañana he salido con *Colin* a recorrer todos los lugares en que tú y yo hemos estado juntos, recordando lo que dijiste. Te extraño muchísimo, mi querido Jervie, pero me siento muy feliz porque estaremos juntos muy pronto y ahora sí que nos pertenecemos sin ninguna duda. ¡Me cuesta creer que por fin pertenezca a alguien! Pero me produce una sensación muy agradable.

Tuya por siempre jamás,

Judy

P. D. Ésta es mi primera carta de amor. ¡Y no me costó ningún esfuerzo!